

CAROLE FIVES

Llamadas de mamá

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR
PRÓLOGO DE EIDER RODRÍGUEZ

narrativasextopiso



Llamadas de mamá
CAROLE FIVES

TRADUCCIÓN DE JULIA OSUNA AGUILAR



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada
de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Une femme au téléphone

© ÉDITIONS GALLIMARD, 2017

Primera edición: 2021

Prólogo

© EIDER RODRÍGUEZ

Traducción

© JULIA OSUNA AGUILAR

Imagen de portada

© LARA LARS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020

América 109,

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño:

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGÓ

Formación:

GRAFIME

ISBN: 978-84-18342-27-1

Este libro fue publicado en el marco del Programa de Apoyo a la Publicación
de la Embajada de Francia en México/IFAL y del Institut Français

Me alegra que me llames, se ve que cuando quieres...

VALÉRIE MRÉJEN

No hay un minuto que perder, tenemos que salir..., rápido... Es realmente un caso de omisión del deber de socorro.

NATHALIE SARRAUTE

PRÓLOGO
LA REVANCHA DE CHARLÈNE
POR EIDER RODRÍGUEZ

Resulta incomprensible que el humor en literatura esté tan denostado. La tristeza encoge el pecho y enfanga el alma; sin embargo, la risa, como el canto, ensancha y oxigena, verbos que deberían formar parte de lo literario: mover el aire y renovar nuestro decorado interior, desempolvar parcelas íntimas que ni siquiera reconocíamos como propias. Carole Fives lo consigue: creo que nunca me he reído tanto con un libro, quizá porque trabaja con pensamientos que afloran al límite de la consciencia, esos objetos feos y bochornosos que mantenemos ocultos bajo sábanas blancas en nuestra buhardilla social. Pero eso no significa que no estén ahí. Fives levanta la sábana y nos hace reír.

¿Cómo? A través de una conversación entre una madre y una hija que se alarga durante meses, y en la que sólo escuchamos a la madre, Charlène, que vive y se siente sola y con derecho a demandar una atención permanente a sus hijos, que viven lejos de ella. Así, Charlène se sirve del teléfono, último cordón umbilical, como lo llama Bernard Pivot, para llorar, intoxicar, gritar, chismorrear, amenazar, hacer reproches... y también para declarar amor a su hija. A través de su verborrea aparentemente despolitizada, vislumbramos un país, Francia, en el que la comunidad como fenómeno se ha vuelto imposible, provocando en sus habitantes de mayor edad un aislamiento y una soledad lacerantes, sólo mitigados por la tele (esa argamasa social de nuestra era), los lugares de citas por internet y los perritos.

Sin embargo, la histriónica Charlène no desiste en su esfuerzo por trascender su apática existencia. Busca placer y revancha, necesita ser escuchada y grita. A su madre y a su padre, de los que no obtuvo ningún amor; a sus hijos, que fueron una carga en el camino; a su exmarido psicópata, a sus nietos malcriados, a su nuera mandona, a su amiga aprovechada, a sus amantes desgarramantas, y, en definitiva, a una vida mezquina.

Llamadas de mamá contiene la decepción normalmente silenciada o, cuando menos, sólo rumiada de una persona común, que, de tan común, resulta enormemente singular. Charlène, mujer nacida en los cincuenta, de la primera generación que tuvo opción a liberarse en los setenta, no ve el machismo familiar, social y sistémico del que ha sido objeto y sujeto a la vez. Pero además de gritar, escribe. Dice que escribir la recoloca dentro de su historia. Y se lo dice a su hija, que casualmente también es escritora.

Cuenta Carole Fives en una entrevista que su intención fue intentar dar voz a los sin voz. ¿A quién se refiere? ¿Quién es Charlène? ¿A quién representa? ¿Quiénes son los sin voz?

Sobra decir que las mujeres han sido las grandes silenciadas de la literatura. Durante mucho tiempo el «ángel del hogar» ha campado a sus anchas tanto en la literatura como en el imaginario occidental, con personajes femeninos castos y serviles, mujeres caseras, madres o esposas, inválidas y sumisas, pero pulcras y puras: estaban ahí, en casa, como un *display*, calladas y

ausentes, mirando por la ventana, peinándose frente al espejo, embotando mermelada, zurciendo, y, de vez en cuando, debido a su débil carácter, gimoteando.

Para los más progres se creó la imagen inversa, la de la mujer nueva o *femme fatale*, que, como todo lo reactivo, era lo mismo, pero al revés: ni madres ni esposas, las bellas pero salvajes *femmes fatales* eran callejeras, enfermizas, destructivas; vestían sedas en vez de delantal, bebían y fumaban, eran ninfómanas insaciables que, en vez de llorar, gritaban, y que en vez de mirar el mundo por la ventana, se arrojaban desde ella.

Tanto unas como otras fueron creadas por escritores hombres, que las situaban siempre a la sombra de protagonistas masculinos, y eran en su mayoría el objeto, la cristalización de fantasías surgidas del deseo y/o del miedo. Me atrevería a decir, incluso, que, así como la *femme fatale* era el constructo opuesto al ángel del hogar, la madre angelical, abnegada y sufridora dio lugar a su oscuro reverso: la *mum fatale*, fría y castradora, cuando no asesina, el personaje-cliché que quizá más está costando desenmascarar y por el que se pirran los editores.

La literatura occidental ha formado parte de esta construcción histórica y cultural de manera activa, recreando, reforzando y realimentando el orden social impuesto y naturalizando los roles de género. Gracias a esta labor ininterrumpida que ha durado siglos, también la credibilidad y la verosimilitud de los personajes fueron secuestradas, como nos recuerda Belén Gopegui en *Un pistoletazo en medio de un concierto*; cuanto más se alejasen de esta construcción cultural, más dificultades tendrían para ser creíbles, no sólo los personajes femeninos sino también las escritoras, en palabras de Joanna Russ, y me gustaría añadir: sobre todo en el caso de las escritoras madres. No me voy a explayar acerca de la marginación que han sufrido las escritoras a lo largo de la historia, tema acerca del que se ha escrito mucho y bien, ni tampoco acerca de las numerosas estrategias que las escritoras crearon para poder escribir y, sobre todo, publicar. Sólo un pequeño apunte: es difícil dilucidar en qué medida ha influido esta persecución de siglos no sólo en la autoestima de las escritoras, sino también en su autoridad, estilo, temas y personajes, por poner sólo algunos ejemplos. La historia también se hereda, aunque sea en forma de fantasma.

Cuenta Alice Munro que cuando comenzó a escribir era una joven madre con dos bebés (y uno más en camino) a los cuales obligaba diariamente a dormir la siesta, y que muchas veces le ha asaltado la duda (también llamada culpa) de si sus hijas habrían sido más felices si les hubiera dedicado más tiempo. Sabemos que Irène Némirovsky enseñó a sus hijas a guardar silencio mientras trabajaba. Su hija acababa durmiéndose en el parque y el contacto con aquella carne tibia de niña en su pierna hacía que la autora todavía se concentrase más. Toni Morrison y Sylvia Plath se despertaban al alba para trabajar, en la hora azul, como la llamaba Plath, para poder escribir sin el peso de ser madres. Nancy Huston se refiere a la maternidad como una vasta red culpabilizadora, recordando las acusaciones que le hicieron, cuando su marido y ella dejaban a su hija con la cuidadora incluso en vacaciones, para poder escribir durante unas horas, acusaciones que sólo le hicieron a ella y no a él, también escritor.

Soy escritora y madre de dos hijos. En el ámbito público me ha costado años poder decir la segunda parte de la frase sin carraspear. Además, son mellizos, dato que no suele pasar desapercibido, sobre todo cuando son pequeños: una vez se sabe, no suele haber vuelta atrás, y de repente te convierten y te conviertes en madre, uy, sí, de esas madres tan traviesas que, de vez en cuando, mientras los niños duermen, tienen la afición de escribir. Di a luz a mis hijos mes y medio antes de publicar mi segundo libro, un hecho que fue hartamente complicado disimular durante la promoción del mismo: el cuerpo hablaba. Hasta entonces me había cuidado de no mostrarme demasiado «femenina», pero todo había terminado, debía reconstruir mi imagen rápidamente. Los

periodistas me preguntaban y yo zanjaba el tema con dureza devolviéndoles la pregunta: «¿Hacéis lo mismo con los escritores que han sido padres?». Cuidaba celosamente que la conversación no tomara un rumbo *doméstico*. Pero era inevitable: en una entrevista sobre una charla de literatura que me disponía a dar, me preguntaron si estaba escribiendo algo, a lo que yo respondí que no, que acababa de terminar un ensayo, tras lo cual el entrevistador me despidió diciendo que «seguramente Eider estará muy ocupada, ya que es madre de mellizos». En otra ocasión, el moderador de un club de lectura dijo que mis libros eran menos duros desde que había sido madre, que la maternidad me había ablandado; otro, con gesto compungido, me alertó de que con el tercer libro me estaba escorando hacia un terreno literario burgués. Se refería a relatos sobre madres, mujeres que mudan de cuerpo, que cambian de estatus y de capital simbólico con la misma rapidez que ganan kilos y años... Indudablemente, mi texto estaba contaminado por mi maternidad. Sentí que mi cuerpo nunca había estado tan unido a mi texto, que nunca lo había tenido tan difícil para ser escritora antes que mujer. Me sentía doblemente cuestionada: como madre y como escritora.

Colegas escritoras me han contado que se abstuvieron de publicar poemas acerca de su embarazo y de la crianza intuyendo que éstos podrían perjudicar su estatus de escritoras; otra me contaba que cuando su pareja se acercaba con su hija pequeña al stand en el que se hallaba firmando libros, poco podía hacer su identidad de escritora contra esa madre infiltrada: su voz y su actitud corporal habían cambiado. También hubo quien me confesó cómo sentía que su nivel de credibilidad caía en picado cada vez que se subía a una tarima o se sentaba a una mesa redonda estando embarazada. Por no hablar de cómo influyó en todas las escritoras que conozco el embarazo y su posterior desenlace en su labor como escritoras.

Somos a través de nuestros cuerpos. El cuerpo es el lugar desde el que se es, desde el que se interpretan las situaciones históricas, como dijo Butler, y también es el lugar desde el que se escribe. Las industrias mundiales más poderosas en los últimos tiempos se han generado en torno al cuerpo: la farmacéutica, la cosmética, la pornográfica, la armamentística... El cuerpo se ha convertido en el medio para controlar a la gente, pero también en un medio para la reivindicación. Y el texto no es más que una prolongación del cuerpo, por lo que también somos a través de nuestros textos y de nuestros personajes, que son los que nos modulan como escritoras.

Carole Fives da voz a las sin voz y lo consigue de manera memorable con esta inolvidable madre reptiliana, a quien conoceremos a través de su parloteo sin filtro, inscribiéndose en el más que necesario nuevo catálogo de madres, junto a las de Irène Némirovsky, Jamaica Kincaid, Annie Ernaux o Vivian Gornick, entre muchas otras. Porque si los personajes femeninos en general han sido los grandes silenciados de la literatura, los personajes de las madres lo han sido de manera bochornosa. Estaban ahí, pero, al igual que el cuadro que pinta Charlène en el psiquiátrico, ridículamente dibujadas. Lo denuncian todas las comunidades que han sido, de una u otra manera, silenciadas: el estereotipo niega la voz y la palabra, y es el primer paso para la deshumanización y la desautorización.

Charlène quiere gritar. Quiere recolocarse en su historia. Nos toca escuchar, es su revancha. Nuestra recompensa será la carcajada.

LLAMADAS DE MAMÁ

Soy yo, tu madre, tengo la voz fatal, no he podido ir al médico porque están todos de vacaciones, así que... En fin, espero que tú estés bien. Tu hermano no quería que te lo contase, pero, por lo visto, me pasa algo con los glóbulos rojos, y también con los blancos... Lo tengo todo por los suelos. Vuelvo a hacerme los análisis dentro de un mes, hay que hacer un seguimiento, estoy muerta de miedo y no ando muy allá. Devuélveme la llamada si quieres.

¿Es mal momento? Haber apagado el teléfono. Yo llevo levantada ya seis horas... ¿Que he despertado a tus amigos? Pero ¿qué hacéis en esa casa de vacaciones, dormir todos juntos? ¡Hay que ser cutre! Ah, ¿cómo quieres que lo sepa? Es que cualquiera te pillará. Si te vas a poner así, ya no te molesto más, tranquila. Me quedaré aquí calladita, yo sola, sin saber nada de nadie. Venga, a divertirse, piensa en mí de vez en cuando por lo menos.

Pero si tengo que decirte algo, necesito poder localizarte, y ¿cómo hago entonces? Ah, vale, pues nada, ya espero yo a que me llames.

Soy yo otra vez, estoy en un círculo vicioso. Me he fumado ya un paquete y me he bebido una cafetera. La he vomitado entera en el baño. Qué amargo, parecía bilis. Y nada, que te he llamado porque me hacía falta hablar con alguien, perdona. Que sí, que ya sé que estás de vacaciones. Preferís dormir por la mañana, vale, vale, ya te llamo en otro momento.

¿Eres tú? No, no, qué va, estaba con el Meetic. Me he hecho socia, son 29,90 al mes. Hay uno que me gusta bastante, se hace llamar *Parche* porque fuma una barbaridad.

Le he escrito por lo menos a diez, pero no me ha respondido ni uno. También es verdad que he mandado los mensajes a las tres de la mañana, ¿ha sido una tontería?

«*LaurentLoloparalosamigos*, cincuenta y ocho años. Busca una compañera especial, a ser posible alegre e inteligente». Habla de mí claramente, ¡alucina! ¿Éste quién es? ¿*Gérard428*? ¡Uy, qué mono es! Pero no en todas las fotos, no, en las demás parece un carcamal. ¿Y a éste qué le gustan, las corridas de toros? ¡Socorro!

No te oigo ahora, ¿has colgado? ¿No quieres ayudarme a encontrar a alguien? ¿Prefieres que tu madre acabe sus días más sola que la una y en el más absoluto de los aislamientos? Podrías ser un poco más moderna, hija, hoy en día todo el mundo se mete en estas cosas, hasta Colette. Pues claro, Colette está apuntada a yo no sé cuántas páginas, busca hombres por media Francia. Si tú supieras la cantidad de mujeres solas que hay..., verdaderas jaurías. Da igual que una sea guapa, interesante y tenga un sueldo estupendo, es mejor que lo vayas sabiendo: LA MUJER SOLA ECHA PARA ATRÁS. Pero no, claro, a tu edad no te hace falta saberlo todavía. Aprovecha, aprovecha, porque, pasados los cincuenta, es la desbandada general, hazme caso.

Eso es lo que buscan todos en esta página, a jovencitas. Pues lo siento mucho, yo tengo la edad que tengo. A estas alturas no me voy a poner a mentir sobre mi edad, ¿no? Ya, sí, podría poner cincuenta y ocho. ¿Cómo lo ves tú? Cincuenta y ocho es más joven que sesenta y dos, es como más pasable. Bueno, qué más da, ¿dónde está aquí para cambiar los datos personales?

Buenas, soy yo. Esta mañana no me ha dado tiempo de cogértelo. Es que me pusiste una melodía tan bonita en el móvil que, cada vez que la oigo, me pongo a tararear y se me olvida contestar. ¿Has hablado con tu hermano para felicitar al crío por el cumpleaños? A mí se me ha olvidado también y me han llamado los cuatro berreando «felicidades» por teléfono. ¿Qué cara se te queda? No, no, no pienso comprar nada, ya bastante los malcriamos en Navidad, ya está bien. Con la pensión de risa que tengo, ¿y soy yo la que todavía debe cubriros a vosotros de regalos? ¿Qué es esto, el mundo al revés?

Me han dado los resultados de los análisis, pero no me entero de nada, pone: «Plaquetas 55 000 / mm³... Hemoglobina 10,1 g / 100 ml... Hematíes...». ¿Tú sabes lo que son los hematíes? Y las plaquetas, ¿eso es importante? ¡Vaya follón! Tengo que ir al médico en cuanto pueda, pero ¿te puedes creer que ahora que ha vuelto de vacaciones el que está malo es él? ¿Tú lo has visto eso alguna vez, un médico que se ponga malo?

No, no quiero ver a ningún sustituto, estoy acostumbrada a mi médico, ya espero a que vuelva.

Entonces, ¿cuándo dices que vienes? ¿Pronto cuándo es? Tu hermano me dice lo mismo, pero ya sólo os veo en Navidad... ¿Por qué no pides traslado? Si vivierais más cerca, os invitaría a comer, iría a vuestra casa a limpiar... Si os quedarais sin dinero por alguna desgracia, yo me haría cargo de vosotros. Podría hasta adecentar el sótano, instalar calefacción para el invierno, es grande, podría dejároslo entero. Quita, quita, ya verás cuando tengas mi edad. Ya te acordarás de mí, de todo lo que te decía. Dirás: «Anda, pues mi madre tenía razón y yo me equivocaba, y ahora ella ya no está...». Madre no hay más que una, deberíais aprovechar...

¿Qué estás viendo en la tele? Voy a poner el mismo programa, así parecerá que estamos medio juntas.

Anoche pusieron una película que estaba muy bien, con esa mujer enana, era una cosa increíble. Iba sobre el mundo de la moda, hay que ver las puñaladas que se meten los unos a los otros. Y la pequeña, ¡menos mal que estaba ella allí!

¿Sabes por qué no me ha escrito nadie por mis anuncios de internet? Había marcado «Mujer que busca mujer», ¡lo que me faltaba!

Me he puesto *Chinchilla_417* de nombre, ¿te gusta? ¿Queda moderno? Es un roedor pequeño con mucho pelo, y como yo soy del signo de la rata... ¿Y tu signo chino cuál era? ¿El jabalí? Está bien, el cerdo es un buen signo. Mira mi anuncio: «Joven jubilada desea encontrar un compañero amable, atento, al que le guste disfrutar de la vida tanto como a ella. Vivo sola, pero rodeada de amigos y con mi perrita, y tengo un pasatiempo, la pintura al óleo. Me encantan Van Gogh, Matisse, Picasso y todos los grandes pintores del siglo XX...». ¿Cómo lo ves? He querido ser sobria para no atraer a indeseables.

Con la de hombres que yo he tenido haciendo cola y ahora mira, tengo que pagar. Pues claro que con veinte años yo tenía todos los hombres que quería, ¿qué te crees? Pero fui tan tonta de casarme con vuestro padre, ese psicópata, ese loco de atar. Y pensar que lo elegí yo a él, cuando tenía a otro que era un encanto, que estaba dispuesto a casarse conmigo, y lo rechacé... Vino desde Lyon para pedirles mi mano a mis padres. Se llamaba Pierre Rival, no me lo invento. Mis padres fueron a recogerlo a la estación sin mí, ¡porque yo me había escapado con vuestro padre!

Pierre Rival me había llevado una muñequita Peynet de regalo, estaban muy de moda por aquella época. Mis padres lo invitaron a comer y luego lo metieron de vuelta en el tren de Lyon, y si te he visto no me acuerdo. Era un muchacho muy resuelto, trabajaba muy duro por una miseria. Y todo... ¡por el loco de vuestro padre!

Me gustaría que me llamasen todos los días, a la hora que te venga bien, no sé, por ejemplo, cuando me despierto por la mañana, a eso de las siete, las ocho, y por la tarde, cuando me vengo un poco abajo, sobre las cinco o las seis. Así durante el día me diré, anda, que me va a llamar, y cuando cuelgue, pues pensaré en lo que nos hemos contado. No es mucho pedir, sólo quiero escuchar el sonido de tu voz, aunque no me cuentes nada especialmente apasionante. Para ti no supone nada, pero a mí me ayuda; la soledad afectiva me tiene tocada.

¡Que ése es el malo! Qué rastrero, qué tío rastrero. Que viene por detrás, date la vuelta. ¡Demasiado tarde! ¡Y ella también es tonta con avaricia! Bah, prefiero apagarla, estas teleseries son malísimas.

Te llamo luego, ya está acabando.

No, ¡dile que no, tonta! ¡¿No estás viendo que es el asesino?!

Ahí está el cadáver, ¡flotando! Qué horror. Ay, la sangre, tiene sangre por todo el abrigo, lo van a pillar.

¿El Meetic? No, qué va, lo he dejado, son siempre las mismas caras. Los que se meten en el Meetic son como los que van al Ikea, buscan cosas corrientes, y yo no soy corriente. Fulanos no, gracias, ya he tenido suficiente. Amar es sufrir y yo ya estoy muy sensible a mi edad.

Pena de muerte por inyección letal, lo han condenado, ¡ahora que no se haga el sorprendido! Cómo me gustan estas teleseries, además luego me duermo como si nada. Cuanto más tontas, mejor.

¿Eres tú, reina? Que me ha llamado el médico y me ha soltado de sopetón: «Señora, soy el doctor Plot. Sus resultados son malísimos, tiene usted cáncer, nos vemos el lunes en mi consulta», y me ha colgado. ¿Cáncer, yo? Ese médico lo que está es loco, ¿no te parece?

Me han hecho un esquema en el hospital. La flecha roja es el cáncer, y han pintado la flecha a ras del hueso, justo empezando a entrar en la médula ósea, tenía ya su tiempo. El especialista me ha dicho: «Es un cáncer muy agresivo, así que vamos a ser muy agresivos con él».

Tengo pulmones de niño pequeño, y eso que llevo más de treinta años fumando, y voy y pillo un cáncer de sangre... Hay que ser tonta, la verdad.

La enfermedad en sí me importa poco, y la quimio igual, pero lo que me tiene más preocupada es lo de morir. No puedo irme de aquí habiendo tenido una vida tan cutre. ¿Tú crees que se me caerán las pestañas? ¿Y las cejas?

Mi vecina de cama es estupenda. Se llama Corinne y está en fase terminal, no le ha funcionado ni el autotransplante. Me ha dicho: «Ya verás como con la quimio te despiertas un día y te ves todo

el pelo en la almohada». Así que he preferido afeitarme la cabeza yo misma. Corinne me ha metido mucho miedo con lo del pelo en la almohada. Me he comprado una peluca rubia tipo Marilyn... Ya verás, en la vida me has visto tan bien peinada. Si lo llego a saber, con los cuatro pelos que tengo, pruebo antes las pelucas.

La habitación no está mal, da a las vías, por la ventana se ven pasar los trenes de mercancías, está animado.

Corinne es coreana, la adoptaron de pequeña, pero ya no ve ni a sus padres ni a sus hijos porque no le queda un céntimo que darles. Como no viene nadie a verla aquí al hospital, anoche le compré unos bombones de la máquina de chucherías y se los puse en la cama. Ella me ha dado una estrella de cristal para agradecermelo. Las fabrica ella con bolitas, son preciosas. No, no, no te preocupes, aquí la tele es gratis. Quise pagar al llegar, pero me dijeron: «Para ustedes los que tienen cáncer es gratis».

Hacemos reuniones en el hospital, son bastante intensas. Entre los enfermos nos comprendemos sin necesidad de hablar. Había una mujer que me dijo «valor», la cogí de la mano y le di un beso, las palabras se quedan cortas.

Está claro que estoy sufriendo, pero a la vez tengo la impresión de estar viviendo la aventura de mi vida.

¡Gracias por venir a verme! Desde que tengo cáncer nos vemos más que nunca. Me llamáis, echamos un rato, ¡qué alegría, de verdad! ¿Y cómo os habéis quedado tu hermano y tú cuando me habéis visto sin pelo? Es que, a ver, tengo cáncer y la voy a palmar, así que mejor que os vayáis haciendo a la idea. Quitá, quitá, podéis decir lo que queráis, que la que la va a palmar soy yo.

Yo cuando vi a mi madre con cáncer me quedé igual, la verdad. Tampoco es que estuviésemos muy unidas, sólo la veía una vez al año por Navidad, y eso cuando la veía. Ahora que, en cuanto murió, perdí la cabeza porque entendí que se había acabado, que jamás tendría con ella la relación que yo soñaba tener. Todo eso que yo había deseado, esperado, ya no era posible, definitivamente. Yo creía que me volvía loca... y, mira, luego al final sobreviví.

¿Tú crees que pasa algo por tomar un poco de whisky con la morfina? ¿Y es grave si se fuma mientras se está con la radio? ¿Puede una seguir con el Trankimazin si está tomando cortisona? ¿Podré fumar aparte un poco de hierba? Colette me va a traer, su hijo ha plantado allí en su casa, tiene un montón en el jardín. Necesito un pequeño reconstituyente, al final tanto tratamiento te va dejando tocada. Es increíble, pero con la medicación ya no reconozco los alimentos. El jamón me sabe a chocolate, el chocolate a coliflor y si pienso en pasteles, ¡con lo que a mí me gustan, por Dios!, me entran ganas de vomitar. Y pensar que antes yo creía que viviría para siempre..., qué tonta he sido. Y es que cuando tienes cáncer, todo eso se acaba. Te transforma.

¿Hola? ¿Cuándo dices que volvéis? Pero ¿es que no os dais cuenta? ¡Egoístas! Aquí estoy yo, a punto de palmarla, y vosotros como si nada, yendo a trabajar, quedando con los amigos...

Sí, Colette ha pasado como una exhalación, pero me ha dicho que le dan miedo los hospitales, ¿y a mí qué?, ¿acaso yo no tengo miedo también?

Cuando pienso en la de gente mala, personas horribles, que hay en este mundo... y me tiene que tocar a mí, que no le he hecho nunca daño a nadie. Qué injusticia más grande. No consigo aceptar que es a mí a quien le está pasando, es como si le estuviera pasando a otra, y a ésa no quiero ni

conocerla. ¿Tú te acuerdas de Maryse y Christian? ¡Nuestros vecinos de antes! Que sí, Maryse y Christian, que ella tenía una chepa enorme y él unas patillas que no veas, bueno, pues eso, que se querían, estaban enamorados de verdad, se notaba, cuesta creerlo cuando te paras a pensarlo. Pero el caso es que Maryse lo dejó después de tener el cáncer de mama. Y eso que él la quería, y quería estar ahí para ella. Pero nada, se largó. Creo que ahora la comprendo mejor. La que se fue ya no era la misma Maryse, era la otra, la enferma.

Dime que no me voy a morir, no puede ser. ¡Mi vida no puede ser sólo esto! No, sería una decepción muy grande, todavía no he hecho nada interesante, no puedo irme así sin más. No puede ser.

¿Eres tú? Tu hermano está aquí en la habitación con la niña, está jugando con la Barbie que le regalé en Navidad. ¿Tú te acuerdas, Valentine, que fue la abuelita la que te pagó la muñeca? ¿Te gusta? Eso espero, porque me costó un ojo de la cara. Qué pelo más bonito tiene tu Barbie, Valentine, ¡se nota que a ella no le han dado quimio!

Estaba hablando con tu hermano de la herencia, y le estaba diciendo que la cruz de diamantes de la abuela es para ti, y con el resto ya os las arregláis entre vosotros. La vajilla también, el servicio de porcelana, el gris, ése es para ti, el dorado para ellos, ¿estamos todos de acuerdo? Y no me lo vayáis a mandar todo a Emaús, que hace treinta años que voy arrastrando esas antiguallas de mudanza en mudanza para que acaben ahora en casa de unos desconocidos. Y para el resto de cosas, lo repartís todo a medias, no quiero jugarretas entre vosotros. No me gustaría que se repitiera la historia, como yo con mi hermano, que luego se pasó la vida conspirando para levantarme mi parte de la herencia.

Si tenéis algo que preguntarme, cosas sobre vuestra infancia, ahora es el momento. Aprovechad, aprovechad mientras esté viva, que luego... Yo con mis padres no pude hacerlo, así que vosotros no os cortéis.

¿Que te vas a una manifestación? Pero ¿todavía estáis en huelga? ¡Yo creía que habías vuelto a tu casa para trabajar, no para ir de manifestaciones! ¡Valentine! ¿Qué le pasa a esta niña para gritar de esa manera? Está hecha una caprichosa, qué infierno de cría, tiene a tu pobre hermano frito. Vale, te lo paso, total, es la hora de comer... No, sigue estando asqueroso todo, al principio creía que era por la quimio, pero no, es que aquí la comida es así de asquerosa. Está todo cocido al vacío, es nauseabundo. No nos quedan más que unos meses de vida, ¿y qué nos ponen de comer? Mierda a todas horas. Liofilizados, compotas, hasta las tortillas las cuecen en bolsas. Está igual de malo que lo que te dan en los aviones. A lo mejor eso es el cáncer, el último avión para la muerte.

¿Hola? ¿Tú no duermes un poco o qué? Ya está, ya se han ido, bueno, bueno, ¡qué historia! Se acabó, aquí que no vuelvan con esos niños. Se ponen a chillar, a arrancar los goteros, a pegar botes en la cama, a meterse jeringuillas por la nariz... Pero estoy tranquila, estoy tranquila, estoy haciendo punto. Estoy terminándote el jersey, por lo menos si me muero puedes ponerte algo que te haya hecho tu madre, sólo me queda el cuello y los remates.

Ay, no sé qué hacer, tengo mis dudas entre incinerarme o enterrarme. Lo que me da miedo con la tumba es que se quede descuidada, no hay nada más triste que una tumba descuidada. No, que

me incineren, ¿qué pinto yo en una tumba ahí sola como una tonta? Bueno, vale, si me encontráis una tumba bien bonita cerca de vuestra casa entonces sí, vale, prefiero entonces que me entierren.

¿Pensamientos sombríos? Para nada, lo que pasa es que me pregunto quién va a estar esperándome en el Cielo cuando muera, sólo eso. Me da miedo. Me da un miedo horroroso ver a mi padre allí. Lo he hablado con la analista. Me ha dicho que mi padre no era Dios. Pero entonces ¿quién va a estar esperándome? A mi madre no quiero verle el pelo. Qué horror. Cada vez creo más en la reencarnación.

La vida es un suplicio, ojalá la muerte no.

¿Y a quién voy a encontrarme en el Cielo? ¿A mi familia? No, por favor, piedad, ¡yo con esas condiciones no quiero morirme! Como yo llegue allí arriba y estén ahí esperándome, me da algo. Te lo juro, como me hagan esa jugarreta, me voy otra vez para abajo.

Vuestro abuelo se suicidó, ¿no lo sabías? Es algo habitual en las familias de los médicos. El día que le diagnosticaron la esclerosis entendió que iba a quedarse inválido, y esa misma noche se tragó su buena dosis de pastillas. Para medianoche se había acabado, estaba muerto. En las familias de los médicos es así, cada uno se prepara a medida su suicidio en casa, sin molestar a nadie.

¿Mi padre? Lo veía poquísimo, siempre estaba atendiendo en la consulta o a domicilio. Una noche lo llamaron por un tal señor Desconocido, de la calle Perdida, se pensó que era una broma, no fue, y resulta que al parecer el tipo murió. No, qué va, era un médico muy bueno, y mi hermano también lo era, la verdad sea dicha, siempre tenían gente en la consulta. Aunque mi padre era un hombre un poco bruto, bastante estricto. Cuando estaba todavía estudiando lo mandaron al frente como médico de campaña, a las Landas. Contaba que en toda su vida no hizo tantas amputaciones juntas. «Qué manera de cortar, cortábamos a destajo», decía. Supongo que eso le hizo ser más..., no sé, no creo que lo ayudara mucho. Como todos los que van a la guerra, se pasaba la vida pensando en ella. Sólo leía libros sobre la Resistencia, los alemanes, le costaba mucho sacarse de la cabeza todos los horrores que había visto.

Iba mucho a atender en el domicilio de una pareja que no paraba de tener hijos. Mi padre les decía: «Pero ¿qué pasa, que no utilizan ustedes los preservativos que les doy?». Sí, sí, le respondían, claro que sí. Y la mujer seguía quedándose embarazada, mi padre no entendía nada. Hasta el día que fue a lavarse las manos al cuarto de baño: había filas de condones colgados de una cuerda de tender. Mi padre tuvo que explicarles que los preservativos eran de un solo uso, qué gracia le hacía esa historia, la contaba siempre que tenía ocasión.

¿Diga? Estoy en una terraza con Colette, ¡hace un tiempo buenísimo! Ha venido a recogerme ella, era muy triste volver a casa en ambulancia. Nos hemos parado delante de una pizzería, yo estaba que no aguantaba ya más, tres semanas comiendo de una bandeja, necesitaba comer algo con chicha.

¿Qué dices, hija? ¿Que tengo que quedarme en casa? Que tenga aplasia no quiere decir que esté débil, es sólo que no tengo defensas inmunitarias, ¡pero puedo tomarme un café en una terraza como todo el mundo! Está toda la gente en la calle, está muy animado, no pienso quedarme encerrada en mi casa por culpa de un cáncer.

Es que no entiendes lo que significa, he salido del hospital, ¡soy libre! Y para celebrarlo Colette nos ha conseguido ¡entradas para el concierto de Arno! ¿Y por qué no iba a poder ir al concierto de Arno? ¿Porque estoy con la quimio? Tendré cuidado, no dejaré que la gente beba

cerveza de mi vaso. ¡Qué aguafiestas puedes ser, hija! Todavía tengo alguna plaqueta y estoy con antibióticos, no me va a pasar nada.

¡Qué bien sienta volver a la casa de una! La perra me la ha estado cuidando Nini, ¿sabes quién te digo?, mi amigo Nini... Como él también vive solo, la perra le ha hecho una compañía estupenda.

He decidido que no voy a volver a dormir. Dormir es ya morir un poco, y yo no tengo tiempo para eso. Si sólo me quedan seis meses de vida, los quiero aprovechar. Por las noches me levanto de la cama y soy la más feliz. Pinto, ordeno, me dedico al papeleo. Es tiempo ganado. Todo el mundo duerme mientras yo vivo. La cortisona pega fuerte. Duermo una hora por la noche y estoy en plena forma. Me ha dicho el médico que estoy descompensada. ¿Que qué significa eso de descompensada? Qué más da, ¡tú siempre con tus preguntitas! Yo qué sé, ¡significa que me puedo pasar la noche limpiando! Y además, por si fuera poco, he retomado la pintura. ¿Que tengo los días contados? Pues me da igual, lo pienso hacer todo en seis meses. Un lienzo por semana, hala, listo. Y para hacer punto, lo siento, pero no tengo tiempo. ¡El arte es lo primero!

¿Te ha llegado mi foto? Está inspirado en Matisse. Siempre me ha encantado Matisse. He hecho una copia exacta. Salvo por el formato, es mucho más pequeño, claro, y además sólo tenía un lienzo cuadrado. ¿Cómo que no has reconocido que era de Matisse? ¡Pero si se ve a la legua! Aunque fijate que, ahora que lo dices, lo mismo es de Picasso y todo, ya no me acuerdo, utilicé de modelo una postal que andaba por ahí. ¿Y el título? Ah, el título se lo he puesto yo. Es *Mujer leyendo*, porque tiene un libro en las manos, o, como está en un sillón, también quedaría bien *Mujer en sillón*.

¿El título de mi próximo cuadro? *Quimioterapia*. De momento sólo he colocado el atrezo. Lo tengo todo calculado, me ha llevado una barbaridad de tiempo. En medio he plantado un cuchillo de cocina. He pegado mi turbante de la quimio, cae justo encima de la hoja del cuchillo. A la derecha, el vacío, tal cual, el gran vacío interior, y a un lado he colgado un sostén tuyo que me he encontrado, no te importa, ¿verdad? Es un trapo viejo que andaba por ahí perdido en un armario, no voy a poner nada más en la instalación, quiero sobriedad. Sí, tienes razón, se podría llamar así, una especie de naturaleza muerta. Cuando pienso en todas esas pobres mujeres en sus talleres de pintura, que se pasan el tiempo pintando paisajes, ramos de flores y ñoñerías así... No tienen nada que expresar, ¡nada! Y es gente como ésa la que luego se permite decir que yo no hago más que tonterías... Jamás entenderán nada de arte, ¡están fatal! Un momento, que tengo una llamada en espera... Ay, no, ¡mi hermano otra vez! No puedo dedicarle ni un minuto, tengo que terminar este boceto, me salen por las orejas.

Mi hermano es que no se quiere enterar, no entiende que su hermana es pintora, una de verdad, como Matisse. Soy una artista y tendría que haber nacido en una familia de artistas. De pequeña era hipersensible, no estaba hecha para vivir rodeada de tanto tonto.

Mañana vuelvo a hacer el boceto, pasado mañana lo hago otra vez, y así durante tres días hasta que ¡pum!, explota. Tengo los días contados, con el cáncer todo cambia. Y tengo que vivir rápido, muy rápido, porque si sólo me quedan diez meses, o incluso diez años, tengo que dar salida a todas mis obras maestras, no tengo derecho a privar a la humanidad de ellas. Voy a tener un período de creación de lo más productivo. Voy a hacer un cuadro y luego otro y otro. Voy a crear, crear, crear, crear y crear. Yo quiero que mis pinturas estén colgadas en las paredes, que cobren vida en las casas de la gente; yo las creo, pero las vendo a cero euros, me da igual, se las doy a quien las quiera.

Sean una mierda o no, a mí me encantan.

¿Eres tú? Me lo he pasado bomba, el concierto de Arno ha sido increíble. Ha hecho un bis de veinte minutos, nada de dos cancioncillas y ya está, no, ¡veinte minutos! Lo ha dado todo, luego lo he visto salir por bastidores y ¡pum!, se ha caído redondo.

¡Qué voz tiene! ¡Es la leche! El sonido estaba a tope, pero aun así la voz se imponía. Hasta Colette ha dicho que estaba impresionada.

¡He bailado, he bailado! Las chicas que teníamos detrás no habían visto nada igual. Al final me han dicho: «Pero, señora, esta noche el espectáculo no estaba en el escenario, estaba en la sala, ¡era usted!».

Y me he puesto a gritar «Arno, ¡te queremos!» justo cuando ha parado la música. Estoy segura de que lo ha escuchado, ha mirado hacia donde estaba yo, sí, ¡me ha escuchado! Colette no podía creerse que me hubiera atrevido, pero me he atrevido.

Arno es que..., es..., es que es un dios... Mi preferida es la canción sobre su madre, empieza hablando de los ojos de ella, de su belleza... y luego, de repente, toma, se pone a hablar de que a él le huelen los pies, baja de golpe de las nubes, no te puedes imaginar qué golpe, es genial, «*dans les yeux de ma mère, il y a toujours une lumière*», lalalí, lalalá...

¿Estará casado Arno? ¿Crees que se echaría de novia a una vieja como yo? Yo al menos lo querría, y a los hombres les gusta eso, que los quieran. Françoise Hardy ha sufrido muchísimo con Dutronc, es horrible lo que ha tenido que tragar esa mujer, igualito que yo con vuestro padre. Hardy lo adoraba. Y escúchame lo que te digo, hija: hace treinta años que no estoy con tu padre, pero no he vuelto a querer a nadie más, ¿me entiendes? Lo conocí con quince años y fue el primero. Mi primer y único amor.

No, no estoy para tirar cohetes. Hace más de una semana que no pego ojo, es por la cortisona. Tengo la cabeza que me va a estallar de tantas cosas, demasiadas, esta noche estoy ya que no me entero de nada.

¿Tú sabes lo que me ha dicho la golfa de Colette? ¡Que yo tenía varias vidas y que todavía estaba en la primera! Ella sí que está en su primera vida, con lo mala que es. Yo ya he cumplido mi karma, vida tras vida, religiosamente.

¿Hola, corazón? Estoy ya que no sé si me he tomado las pastillas con el whisky.

Estoy pasando por una crisis de fe, fe en mayúsculas, de la espiritual.

Llámame por las mañanas sobre las ocho y por las tardes a eso de las siete, cuando se hace de noche, o no, justo antes, sobre las seis y media, es una hora que no soporto, cuando se va el día, y la gente vuelve a su casa y yo..., yo estoy sola.

Hazme una agenda día por día hasta que volváis, escíbeme lo que tengo que hacer, me pongo en tus manos. Tú y tu hermano sois mis padres.

Me he subido la dosis de los somníferos, con eso debería dormir hasta mañana por la mañana. Si no tienes noticias mías a las once, me llamas, ¿me lo prometes?

Me voy a urgencias, me he quedado dormida en la cama con el cigarro encendido. Se me ha quemado la peluca, y las sábanas. Me ha despertado la perra ladrando como una loca. Los bomberos están ya en casa, y los vecinos llevan una hora esperando en las escaleras, no te lo pierdas... Para una vez que pasa algo en el barrio, les parece entretenido.

¿Cómo habéis podido dejarme sola en este estado? Tu hermano y tú sois unos auténticos irresponsables. Ya podríais comportaros como adultos en lugar de estar pensando sólo en vosotros. Sois lo más bajo de lo más bajo, unos negados, unos ceros a la izquierda.

Pues claro que me vuelvo al hospital, la ambulancia está al llegar. ¿Qué esperabas?

¡Que no, coño! Que quiero fumar porque luego no voy a poder, déjame que me fume mi último cigarro, tengo derecho a un cigarro, vais a conseguir ponerme de los nervios, pero seguiré haciendo lo que me plazca, señores camilleros, soy fumadora, saben lo que significa eso, ¿no? Venga ya, déjenme o grito, que chilló, déjenme aunque sea un minuto, ni me lo termino, por favor, pero coño, ya está bien, ¡el mechero! ¡Se me ha caído el mechero debajo de la camilla! Ya pueden ir devolviéndome el mechero, no me lo puedo creer, so idiotas, negados, que no valéis para nada, se supone que deben ayudarme y me pierden el mechero. A ver ahora quién tiene fuego. Por lo menos tendrán fuego, ¿no? Que me den un mechero, ustedes no saben quién soy yo, no saben de lo que soy capaz. Devuélvanme el móvil, aaaaah...

¿Eres tú? Me han metido en psiquiatría, ¿dónde querías que me metieran? No había vuelto desde el año 90, pero me sonaba todo, las mismas habitaciones amarillas, las mismas sábanas azules, perfectamente almidonadas, no ha cambiado nada en veinticinco años...

Me han dicho: «Su caso, señora, es un lío, no sabemos ya a qué especialidad mandarla. Sería mejor que se limitara a una única patología, tendría que escoger, cáncer o depresión, y en tal caso, la mandamos a la quinta planta».

No ha venido nadie a verme. Hasta Colette, que hace veinte años que me conoce, me ha dicho que psiquiatría le da miedo, que no soporta ya acompañarme a los hospitales. He cortado el contacto. Cuando a ella le dio la trombosis, bien que fui yo todos los días a verla al hospital, y ahora que me toca a mí, ¿qué?

Sólo se ha pasado a verme Nini, ¿sabes quién te digo?, ¿Nini, mi amigo?, el que me cuida a la perra. Me ha dicho: «No entiendo nada, la última vez vine a verte a la tercera planta, con los del cáncer, y ahora vengo y estás en la quinta, con los locos».

No sabes lo contenta que estoy de estar aquí. Ya no quiero irme, no me hacía gracia venir, pero, ahora que estoy aquí, me quedo. Te lo digo, aquí la gente se da tortas por venir. Cada uno tiene su habitación, personas que los cuidan. Salen a pasear cuando les viene en gana, se enamoran entre los pacientes. Aquí la gente enseña su verdadera cara, ya no pueden caer más bajo, está bien. Nos sentimos acompañados, el personal está en todo, es el paraíso. A la gente se le ve la cara radiante, de verdad, están contentos.

Tendrías que verme, me doy mis paseos por los pasillos, voy a las habitaciones de otros pacientes, ¡es muy agradable! Llego a una sala, las enfermeras siempre andan celebrando algo, me sientan y pruebo de sus galletas, tengo hambre. Vuelco el zumo de naranja, las aviso. Pero les caigo muy bien a las enfermeras, se ríen conmigo.

La psicóloga del hospital me ha dicho que tengo trastorno bipolar leve, tendente a trastorno límite de la personalidad, como si no lo supiera yo ya.

¿Hola? Corazón, ven corriendo a por mí, he pedido que me dejen salir, pero se niegan. Son malos, se portan todos fatal conmigo. Ayer por la mañana en el desayuno les dieron a todos permiso para comer napolitanas... menos a mí.

No, ya está, ya paro de llorar. No es nada, sólo estoy llorando, pero me sienta bien. Es que hay cada caso aquí que para qué. He presenciado unos numeritos... Chiquillas de treinta años que no te imaginas cómo están de la cabeza. A mí me cuentan todas sus historias, es..., es desesperante... Las mujeres que están aquí en el frenopático están mal. Buscan el amor fusional con la madre, cada una con la suya. Hay una que, ¿sabes lo que me dijo?, «Yo oigo voces que me ordenan matar a la gente que no me gusta». Espero caerle bien, vamos, la verdad es que no estoy yo muy tranquila cuando anda cerca. No, no, espero que no vaya a matar a nadie de verdad, además está con tratamiento.

He copiado un dibujo a pastel, de una madre con su bebé. La madre está apretando al crío contra ella, muy fuerte. Me ha dejado los pasteles una señora que está aquí en el hospital.

Da igual que me quede en mi habitación, que la gente viene a verme, todos entran y salen como por su casa. Se sientan en mi cama y se ponen a hablar y a hablar, yo alucino. Hay otra que la pobre está fatal también. Le tienen que inyectar dosis de droga porque si no le entra el mono. Y hay otra que se dedica a dar vueltas, se pasa el día dando vueltas por los pasillos, no hace otra cosa, me da a mí vueltas la cabeza sólo de verla, es una locura.

Si estás aquí ingresada es que no estás bien; si sales, te quedas totalmente desquiciada. ¿Qué dices, tesoro? Repite, repite. Me gusta cuando me dices esas cosas, me viene muy bien.

No, por lo visto no soy bipolar, en realidad soy ansioso-depresiva. Significa que me entra una angustia que me muero. Voy a tener que colgar, van a avisar para la comida y siempre llego la última. ¡Ni me hables! Todo cocido al vacío. Sin grasas, sin sal, sin azúcar, sin nada, estoy harta.

No, no, no me molestas en absoluto, estoy con Jean, un amigo que me he hecho aquí en el hospital. Se llama Jean por Jean Ferrat, tiene el mismo pelo, tendrías que verlo, una cosa extraordinaria. Aunque en realidad se llama Gérard... «¡Ay, Gérard, es verdad, que siempre te llamo Jean y te pasas el día repitiéndome que no, no, que me llamo Gérard!».

Me han trasladado otra vez de unidad, nos dijeron: «Nos vamos a poner más duros, se acabó tanta humanidad». No, tengo habitación propia, es un ala nuevecita, pero eso no quita para que el personal sea inhumano. El enfermero, tendrías que ver lo malo que es ese hombre, ¡tendrías que oír cómo nos habla! Menos mal que están los pacientes, que si no esto sería un infierno.

Aquí no nos respetan. Nos morimos de aburrimiento de la mañana a la noche, aparte de las comidas, y ni eso. No nos hacen ni caso. No tenemos agua caliente, hace frío, ¡que estamos en diciembre, por Dios! ¿Tú eso lo ves normal? Llegas aquí que parece que estás con el Club Med, pero a los pocos días te das cuentas de que no es oro todo lo que reluce...

Yo soy normal, aquí somos todos normales. Si estamos aquí es porque somos más normales que los otros, los de fuera, que están todos fatal. Si estamos aquí es sólo porque nos falla la conexión del cerebro, pero por lo demás estamos bien. Y además las medicinas con las que nos

atiborran todo el santo día no arreglan nada. Todos sufrimos, aquí hay una cantidad horrible de sufrimiento, eso no se puede negar.

Escribe, tú escribe sobre todo lo que pasa, se lo he dicho a todos: «Mi hija es escritora, le cuento todo, ella dará fe». Espero que estés tomando notas, ¿eh?, de lo que te voy diciendo. Tienes que ponerte ya. Deja el libro que estés haciendo y cuenta lo que nos hacen aquí. Titúlalo *Cómo volvernos más locos todavía*.

No, sigo sin dormir. Por la noche me doy vueltas por los pasillos del hospital, recoloco los cuadros horribles que tienen, cuelgo guirnaldas, rehago la decoración. He estado un tiempo mejorando bastante y ahora aquí es el bajón, la espiral.

He conocido a alguien en el hospital, a un inglés. Se llama Robin y lo están tratando por su alcoholismo. Se bebe tres litros de vino al día, o una botella de whisky, depende. Tiene cáncer de pulmón, el pobre, ¡igual que yo! Bueno, si lo tuviera. Colette tenía una amiga de sesenta años que se murió de lo mismo, al parecer fue espantoso. Ella siempre me dice que deje de fumar. Pero si dejo de fumar, ¿qué hago? ¿Comer como una cerda? Fumar me entretiene, es como una amiga, es mi pequeña revancha contra la vida. Soy muy mayor para dejarlo. Hay también otra mujer que tiene cáncer de nariz. Le han hecho una nariz nueva con los cartílagos de la oreja, no está muy bonita que digamos. Me dijo: «Yo no fui a la guerra del 14, pero me siento como una *gueule cassée*, una desfigurada».

En cuanto Robin sale del hospital para ir a la calle, a la vuelta, hala, se gana el alcoholímetro, tiene una boca como de cemento. ¡Tendrías que ver la de sal que le echa a la comida..., y pimienta ya no te quiero contar!

Fui yo quien lo sedujo a él, a Robin, puse toda la carne en el asador para agenciármelo y ahora ya no me interesa. Me pasa mucho con los hombres. Se apellida Midelwood, «en medio del bosque». Y sus padres le pusieron de nombre Robin, hay que ser cafre, ¿no? Podían haberle puesto cualquier nombre que no fuera Robin de los Bosques.

Yo en el comedor no pruebo nada, todo me escuece el paladar. Y no me importaría nada tener un poco de apetito, ya ves tú, con la de tiempo que me he pasado yo deseando no tener hambre. He perdido mis referentes, antes me aferraba a mi casa, a un hombre, a las preocupaciones de la vida diaria, pero ahora mis únicos referentes sois vosotros, mis hijos.

Es la vejez, ya no tiene una cincuenta años.

Hace ocho días que ni Robin ni yo despegamos el culo de estos sillones de ratán, y te hablo de diez horas al día. La desesperación hace que te enamores de cualquiera, te aferras. El caso es que me paso el día hablando inglés, por ese lado estoy progresando.

Me aburro, veo las horas pasar. Ya cuando estaba todavía con vuestro padre, me aburría yo como una ostra. Siempre me he muerto de aburrimiento. He tenido momentos de felicidad en mi vida, pero muy breves. Cuando diste tus primeros pasos, en casa de mi tía. Pero ya entonces estaba de espaldas, no llegué a verlo. Me dije: «Ay, coño, no puede ser, hasta eso me lo pierdo». Lo mismo cuando conocí a vuestro padre, en casa de Daniel Boulingrin, que estaban también Alain, Jean-Louis, y el grandullón ese con la americana azul y el pantalón gris que estaba allí plantado... Me pareció guapo, guapo guapo... Ves tú, eso sí que fue una gran historia de amor... Y por supuesto, vuestros nacimientos. Cuando llegaste tú, eras tan perfecta, con tu pelito negro y tus

ojos achinados..., pero tuviste ictericia y a tu padre sólo se le ocurrió decir: «Esta niña es más china que otra cosa».

No, de ánimo no ando bien. No hago nada. Esperar. Llevo meses esperando. Esto va para largo. Encima nos han quitado la merienda. Los demás han salido, están por ahí arrastrándose como almas en pena. Voy a ir con ellos. Cuando no haces más que matar el tiempo, el día es igual que la noche, tres semanas te parecen ocho siglos. Tendrías que verlos en la sala de la televisión, no apartan los ojos de la pantalla. Y como no están contentos de estar allí, no hablan nunca entre ellos. Sólo esperan a que se les pase.

Y vuestro padre, ¿no podría hacer algo por mí viendo cómo estoy? ¡Pedazo de animal! Estoy más sola que la una, ¿tú crees que así se puede recuperar nadie? Tu hermano dice que me vuelvo maniaco-depresiva con tendencias tocapelotas.

¡Pero le he dejado bien clarito aquí al personal que necesito pasar la Navidad con mi familia! Por lo visto tengo que elegir un día de permiso, o la Nochebuena o el día de Navidad, los dos no pueden ser. Siempre podríais firmar tu hermano o tú para que me den el alta, pero luego, si se me va la cabeza, ellos ya se desentienden. El que consigue salir de aquí ya no vuelve.

¿Que llegáis ya mañana? ¡Pero yo no estoy preparada para salir, qué va, qué va! ¿Ah, sí? ¿Habéis firmado la autorización para las fiestas? No, no, claro que me voy a alegrar de veros, pero antes tengo que terminar el regalo que os estoy haciendo para Navidad. Hemos hecho unos cacharros en el taller de alfarería, pero todavía tengo que pintarlos y barnizarlos. Es que en la casa no lo puedo terminar, tú no lo entiendes, tengo aquí todo el material. Bueno, no te cuento más, que quiero que sea una sorpresa, es un objeto para decorar vuestras casas.

¿Se puede saber qué leñe estáis haciendo, que llevo dos horas aquí esperando como una tonta en la habitación? Tendría que haber pedido una ambulancia, que luego me la reembolsan y al menos habría llegado a su hora. No entiendo para qué me molesto con vosotros. No me servís de nada, ni tu hermano ni tú. Sois los dos de lo más egoísta que hay... Y yo aquí que no sabes el agujero que me han hecho para ponerme el catéter, encima de que soy bipolar, me hacen una carnicería, y luego, venga, a esperar a la salida, y mira, aquí estoy todavía.

Lo de esta semana en casa de tu hermano ha sido una idea malísima. Los críos me han pegado sus microbios, y además yo lo que necesito es estar tranquila, no verme rodeada de gente que corre para llegar al trabajo, que pasan de todo, mientras yo me arrastro por el salón como si fuera una apestada. Con lo que me gusta a mí estar en mi clínica de reposo, tan tranquila, con personas como yo, en vez de estar en medio de ninguna parte. En la casa de tu hermano tengo la impresión de ser un florero en el mejor de los casos, cuando no se olvidan de regarme.

Se pasan la vida llamándome la atención porque fumo delante de los niños... ¿Y qué pasa? ¡A esos gritones no los mata un cigarro! ¿Cuánto tiempo fui yo fumadora pasiva con tu padre? ¿Y me quejé yo alguna vez?

No valgo para nada; si lavo los platos, me riñen porque hay lavavajillas; si ordeno, me dan a entender que desordeno; tengo la sensación de que les trastorno su pequeño mundo perfecto, no es plato de buen gusto. Además, la niña está siempre mala... Mala..., ¡mala estoy yo también, que

tengo cáncer! Entre unas anginas y un cáncer... No, ya veo yo que los padres y los hijos no estamos hechos para vivir juntos, eso está claro.

Y luego que, con ella, pues no es lo mismo. Es una nuera, ya sabes cómo son las nueras... No es fácil. En tu casa sería otra cosa, contigo estoy yo más a gusto, no me siento tan incómoda.

No me ha llamado nadie por Navidad. Pero bueno, tampoco yo llamo ya a nadie, qué coño. Y Colette, ¿crees que me responderá al mensaje de texto?

Soy yo otra vez, me rindo, aquí no me dejan hacer nada, ni siquiera ver la tele, imagínate... ¡Estando como estoy! No, hasta que los niños no se acuestan, nada, pero, coño, ¿qué es esto, ahora los mocosos nos dirigen la vida? ¿Qué es eso de nada de pantallas antes de los tres años? ¿Es una nueva moda? ¿Qué tonterías son ésas? ¿Problemas de concentración? Vosotros visteis bastante la televisión de pequeños, Casimir y compañía, y tampoco es que seáis más tontos que los demás, ¡no os impidió hacer estudios superiores!

¡Lo sabía, sabía que te pondrías de su parte! Ya lo he entendido, la familia, los hijos, no sirven de nada. Os tacho de mi existencia, no vais a ver mi herencia ni en pintura. En cuanto pueda, cojo y me voy de vacaciones, a comer fuera, y vosotros..., vosotros no esperéis nada de mi parte porque se acabó. Si aquí va cada uno a lo suyo, pues venga, no veo por qué iba a sacrificarme por unos hijos a los que les da todo igual...

No, eres tú la que ha colgado, ¡no he sido yo! ¡Ojito, que no me gusta nada ese tono que utilizas conmigo! Me hablas como si TÚ fueras mi madre, no inviertas los papeles. La madre soy YO. Tú eres la hija y punto. Hay un montón de críos que les hablan a los padres como si tuvieran cuatro años, cualquiera diría que es para vengarse.

Sí, sí, sé perfectamente lo que vais diciendo de mí, que si os he dado la espalda, que si os he abandonado. Esas intrigas han durado ya bastante. Vais a tener que ir pensando en tratarme un poquito mejor. ¿Que os estoy volviendo locos? No, os voy a poner firmes y se acabó. Coño ya. Yo sigo siendo la que manda y tú la que obedece, ¿entendido? ¡Que te calles! ¡O-be-de-ce! No está mal recordar las normas de vez en cuando. Son los hijos quienes les deben respeto y obediencia a los padres, ¡no a la inversa! Tu hermano y tú os tomáis muchas libertades y llevo mucho tiempo ya dejando que me pisoteéis. Os aprovecháis de que soy demasiado buena... ¡Pero por suerte he espabilado! La vieja no es tan tonta.

No he pegado ojo en toda la noche, no me gusta que discutamos. Que no, que no soy mala, sólo soy bipolar, nada más. ¿Puedes prometerme una cosa, una sola? Prométeme solemnemente que no me abandonaréis en un hospicio, ¡por favor! ¿No dejaríais a vuestra madre en un moridero? No, vosotros no sois así, pese a todo tenéis corazón, tu hermano y tú. Y además vosotros sabéis que estoy con una mano delante y otra detrás, una pensión que es de risa, casi nada en el banco, vamos, que llevo justa todos los meses. ¿Qué otra cosa vais a hacer?

No, no, voy a volver a mi casa, pero tengo miedo. Estaría bien que te quedaras los primeros días conmigo, para no verme tan sola en esa choza helada. Sí, eso es verdad, ¡voy a ver a mi perrita! Mi perra es el báculo de mi vejez. Mi nieta es muy bonita, pero se pasa el día chillando. Yo le

digo: «Valentine, ven a darle un besito a la abuela», y me hace «puff...», no se me acerca para nada, no me da besos, no quiere saber nada de mí. Que no, que no estoy otra vez, pero es que ya todo gira en torno a los niños. En vez de quedarse conmigo, de dejarles los enanos a los otros abuelos o de arreglárselas de alguna manera, pasan tiempo «en familia»..., tendrías que ver la cara que pone ella cuando lo dice. Y a él, que está igual de baboso con los niños, le digo: «¿Y de tu anciana madre, a la que no le queda mucho tiempo de vida, qué, te olvidas de ella? ¿Prefieres a tus críos cuando no llevan ni tres años en este mundo? ¿Prefieres a unos extraños antes que a mí?».

Tendrías que ver cómo los cuidan. Cuando los cogen en brazos para hacerles arrumacos, me dan ganas de quitárselos de las manos y acurrucarme yo en su lugar, es injusto, yo de pequeña nunca viví eso. Hay que ver lo que ha cambiado la cosa en dos generaciones... Antes, te lo juro, a los niños si lloraban se les daba un sopapo, y ahora es una locura, ¡los consuelan! Y con el niño, en cuanto grita, en cuanto chillar, en vez de llevarle la contraria, ¡tendrías que ver cómo se ponen, venga a darle besos y mimitos! ¡A mí sí que me entran ganas de chillar! Me acuerdo de mis padres, que como me atreviera yo a abrir la boca, tenía la paliza asegurada; y él, con sus niños, hace todo lo contrario, yo no entiendo nada. No soporto verlo, enloquezco. Me gustaría ser ellos, me gustaría ser su hija, me gustaría ser la hija de mi hijo; lo llamaría «papá».

Estoy en recaída desde que tengo a la analista nueva. Otra vez que no duermo nada, dos horas por noche como mucho. He retomado el tratamiento. Esta analista ha hecho que me vuelva todo. Es espantoso, espantoso.

No, sí, es buena en lo que hace, pero me obliga a volver al hospital para consulta, y eso me angustia. Me dijo: «Mi querida señora, voy a enseñarle todo de nuevo desde el principio. Como si fuera usted un bebé. Vamos a empezar de cero. Vamos a borrar estos sesenta y tres años y hacemos tabla rasa, ¿le parece?». Tiene cara de ser muy perspicaz. Ha notado cosas increíbles en nada de tiempo. Me dijo todo lo que me había hecho mi padre, vamos, que lo sabía todo. Fue muy duro, me quedé totalmente destrozada. Ahora lo único que se puede hacer es reconstruir. Un nuevo comienzo. El problema es que la próxima cita no es hasta septiembre, y quedan dos meses. ¿Cómo voy a pasar julio y agosto? ¿Qué hago, me cuelgo un cartel de «zona de obras»?

Ya está, ya sé lo que pasó con mis padres. Me lo ha explicado todo la analista nueva. No fue mi padre quien hizo lo que yo creía que me había hecho. Nada más lejos. Me lo inventé yo todo, por lo visto es muy corriente en niños a los que les ha faltado amor. Preferimos andar imaginando cosas que aceptar que nos dieran de lado. Preferimos pensar que hubo tocamientos mejor que nada. En resumen, que mi padre no era el cabrón que pensaba que era, que Dios lo guarde en su gloria. En realidad, mi padre era un santo. Resulta que la que era una zorra era ella, mi madre. Que me puso en contra de él y me transmitió su odio por los hombres.

Tú tendrías que haber visto cómo trataba mi madre a mi padre. Qué insultos, esa manera que tenía de no dirigirse nunca a él directamente, de menospreciarlo, yo me lo callaba todo. En la mesa lo llamaba *pourchiaud* delante de todos, que significa «cochinillo» en dialecto. Era dura con él, pero yo, como sentía que ella también sufría, yo me ponía siempre de parte de mi madre. Una noche él se tomó unas pastillas. Se tiró en una camilla por la escalera de madera de la calle Anatole-France. Fue una llamada de socorro, un médico que se quiere suicidar no falla. A veces se lamentaba: «Un día os contaré lo que me hizo vuestra madre». Pero nos quedamos sin saberlo.

Ha resurgido todo con la analista nueva. En las conversaciones a la mesa (si es que a eso se le puede llamar conversación), ella siempre tenía que ponerlo a caer de un burro.

Esta analista es de una eficacia... que no es normal. En sólo unas sesiones... Después de quince años sudando la gota gorda con Delattre, mi antigua psicoanalista... Nos estancábamos. A ver, no digo que esos quince años no me hayan servido de nada. Me han ayudado mucho a pensar en todo. No sé qué habría sido de mí sin Delattre. Muerta estaría, seguro.

No entiendo cómo se las arreglaba antes la gente cuando no había psicólogos. Me refiero a que ¿debían de morir todos locos perdidos! Y toda esa gente que nunca ha hecho terapia..., en serio es que apestan a malestar a la legua, ¿no? Te entran ganas de chillarles: «¡Ve a que te lo miren!»». Los que no se analizan están todos un poco desfasados.

Bueno, para mí lo más importante es que ahora estoy segura de una cosa: mi padre no tuvo culpa de nada. Y estoy volviendo a quererlo, al pobre. En el fondo siempre lo quise, aunque no fuera a su entierro. Era mi madre, siempre fue mi madre, y el odio endemoniado que le tenía a los hombres. ¿Cómo se le llama al odio a los hombres, no hay una palabra para eso? Yo me imaginé que mi padre era el diablo, y todo por culpa de esa vieja loca.

No se lo pienso perdonar en la vida. Y pensar que la tenía por una santa... ¡Por aquí! Como una auténtica regadera estaba. Mira dónde estoy gracias a ella. Sola con más de sesenta y tres años, muy bonito. He destrozado a todos los hombres que se han cruzado en mi camino, pobres. Vamos, que han pagado ellos el pato. Cuando en realidad, en el fondo, sólo me he cruzado con tipos decentes. Pero ahora me encuentro mucho mejor. Mucho mejor porque lo he comprendido todo. Y mi madre, esa vieja loca, ni en una vida me daría tiempo a odiarla todo lo que la odio. Vaya desastre.

Se llama Désirée, mi analista. Le digo: «Sus padres seguro que están orgullosos de haberla tenido». Me dice: «Ah, pero eso no quiere decir que haya ido todo siempre bien». Intento hacerle hablar de sí misma, para que varíe un poco con respecto a otros pacientes con los que tiene que estar siempre callada. Si no fuera mi analista, seríamos amigas.

Yo también fui muy deseada, ¿no lo sabías?, yo creo que mi hermano se pasó seis meses arrodillándose por las noches, rezando: «Dios mío, por lo que más quieras, dame una hermanita».

Yo nací en casa, con la ayuda de mi tía, que era comadrona. Mi madre me tuvo a los treinta y seis años, en esa época a eso lo llamaban ser hijo de viejo. El parto fue un horror, con la loca de mi madre, que era incapaz de empujar. Jamás me cogió en brazos... Por las noches, antes de acostarnos, se embadurnaba de crema Nutrix, sí, la Nutrix de Lancôme, grasa pura, todavía la venden, ponía la crema como excusa para no tocarnos, «no os doy un beso que estoy pegajosa...».

Para asearme me lavaba en el fregadero de la cocina, ante la mirada de la limpiadora cuando se tomaba el café, del jardinero cuando entraba y salía, de la criada... Todo el mundo me miraba de reojo, hasta mi hermano, me sentía desnuda, desnuda de verdad... Cuando me desarrollé, ya pude ir yo sola al baño. Mi madre podía dejarme una o dos horas en la bañera, yo metía la cabeza bajo el agua y contaba hasta cien, quería ahogarme.

No fui al colegio hasta los seis años. Me quedaba en casa haciendo pulseras de espaguetis. Sin libros, no sabía leer. La mayor parte del tiempo me quedaba con las gallinas y los patos. Me acurrucaba con ellos en el gallinero, buscaba un poco de calor. Mi madre no me tocó en su vida. Ni un beso. Me tenía miedo, tenía miedo del afecto. Lo suyo era demencia pura. Cada dos por tres la hospitalizaban. La prueba es que tenía una bata de nailon blanco y azul. Y yo era su enfermera.

Había un gallo muy malo que me picoteaba. Mi madre no quería matarlo, era el capón de Navidad. Hasta que no lo mataron, no pude salir de la casa tranquila.

A mi madre no le hacía gracia, yo daba besos a las gallinas en los ojos. Estaban viscosos. Iba al gallinero, me hacía allí mi sitio. Las gallinas se me montaban encima. Me gustaban los animales.

Me acuerdo de que mi abuela me hablaba de usted, me decía: «Charlène, va usted a matar a su madre de un disgusto».

Yo no pude estudiar. Mi padre decía que yo era idiota. A mi hermano le decía: «Tú harás medicina como yo». Y al hablar de mí: «La niña irá a la escuela hogar».

No sé qué me pasa esta noche, corazón, pero pienso en mi familia, y en que eran realmente muy negativos, ¿sabes? Qué negativos podían ser, de verdad.

Entonces, ¿a qué hora es? ¡Ya puedes salir tú de verdad para que pongamos France Culture! ¿Te estresas porque vas a salir en la radio? Pero no tiene sentido, estás haciendo un mundo cuando en realidad nadie escucha esa cadena. Ni que fuera la RTL...

A todo esto, fui a la librería a preguntar por tu libro, y casualmente ahora lo recomiendan, ¡ya verás como gracias a mí te hartas de vender!

Ah, y cuando salgas por la tele, tú te dices y te repites que nadie te está viendo. Que no, que la gente se pone a hacer sus sopas de letras o a limarse los pies, les da igual la cara que tengas; además, sólo se quedan con la del presentador. Créeme, yo me acuerdo sólo de la cara del presentador, los invitados se me olvidan todos. Tú estate tranquila, no balbucees. Y habla a un ritmo pausado, como los del sur.

No te van a juzgar por tu físico sino por lo que digas. Así que haz el favor de hablar lentamente; si no, te vas a cargar toda tu intervención.

Lo de Colette no tiene remedio. Desde que te vio en la tele no hace más que criticarme. Si eso no es envidia, que venga Dios y lo vea. Yo le dije: «Mi hija es una artista, mientras que la tuya, que no sale de casa, es una vaga, eso es lo que es». Y me respondió: «Del arte no se vive, vaya tontería más grande».

Claro que no, ¡por aquí va a haber leído un libro en su vida! No, no tiene interés por nada, es diez años más joven que yo y ya ha dejado de conducir. Sabe contestar al teléfono de milagro, una de cada dos veces se equivoca y, en vez de responder, cuelga. Y desde que hay lo de la llamada en espera, ya para qué...

¿Has podido escuchar mis mensajes? Por lo visto estoy en remisión, ¡en remisión!

Lo único que me han dicho es que me van a desplazar el catéter, pero ¿para colocármelo dónde? ¿En los zapatos? ¿Y por qué no? ¡Bien que pone la gente bombas ahí!

No, sí, tu hermano sigue aquí. Ha venido con la niña, es un encanto, juega con la perra, parecen dos hermanitas. Qué bien le viene a un perro tener a un niño con el que jugar, se entretiene.

Escúchame: antes que a los hombres prefiero la literatura.

Me he pasado la noche escribiendo, ¡tengo casi quince páginas!

Fíjate, no sabía yo lo duro que era escribir. Yo voy contando, la cosa se va encadenando. Es lógico, es cronológico. Me releo y entonces: ¡es el HORROR! Pero aun así es una terapia de la

leche, después me tranquilizo. Me voy, me acuesto y me digo: «Hay que ver lo tranquila que estoy».

Voy a titularla *Flashback*. Mi historia, me refiero. *Flashback* no está mal, teniendo en cuenta que va sobre mi vida y que *Una víbora en el puño* está ya cogido.

Lo que sí te digo es que con todo el resentimiento que tengo guardado, cuando salga, directamente va a estallar. Escucha esto, es un pasaje en el que hablo de tu padre: «Era un mujeriego, de una elegancia desquiciada, pero cuando la conoció a ella, a aquella pavisosa, tan inocente...», ¿te gusta? Y luego hablo de ti y de tu hermano, os he rebautizado como Charles y Victorine.

La señora Vanden de mi libro, la mujer esa horrible, ¿la has reconocido? Es mi madre. Ah, qué bruja, qué mala. Era una hipócrita. Tenía esas maneras almibaradas... Se pasaba la vida quejándose y en el fondo era un demonio.

Esmeralda soy yo, la hija del sol.

Hay sitio para todos, todo el mundo cabe en el libro: entran, vuelven a salir..., y hala.

Me dan ganas de chillar, este libro es un grito. ¿*El grito* está ya cogido como título? Tengo esperanzas de que me publiquen, aunque sea póstumamente.

He hecho tres páginas enteras de ordenador en cinco horas, ¿eso cuántas páginas de libro son?

Otra vez le he cambiado el título a la novela. Al final no me voy a quedar con *Flashback*, prefiero *La rabia en las tripas*. Aparte tenía otra idea, pero se me ha olvidado, tendría que haberla apuntado, era algo así como *Saco de boxeo*.

Lo que llevo escrito se parece al libro ese, el de *Una sopa de hierbas silvestres* de Émilie Carles, es del mismo género profuso.

También podría, si quieres, escribir para ti, puedo inventarme un relato sobre la perra, explicar las tonterías que hace en casa de la gente, porque las hace, y bien..., ¡pero aun así se la quiere! Lo que escribo es un poco corrosivo, pero es que yo soy corrosiva.

De todas formas, siempre es mejor escribir que hacer punto o aprender español, que no sirve para nada, ¿no te parece? Te voy a escribir una historia redonda sobre hechos de la vida diaria. Escucha esto: «Con treinta años me fui cuatro días a París y estuve rondando por las casas okupas. Cogí mi Renault 5 cutre, llegué a la capital, me perdí por las calles. Me cruzo con un negro, me dice: “¿Necesitas ayuda?”. Le respondo: “Me das miedo”. Me sacó una cruz: “Yo soy creyente, no te voy a hacer daño”. Me contó que era ilegal, que no podía acompañarme a la policía, pero que, si quería, podía quedarme a dormir en su casa. Creo que hicimos el amor, pero ya no me acuerdo muy bien».

¿Corazón? ¿No se puede hacer una novelita corta con eso? Yo te doy las historias, tú sólo tienes que utilizarlas.

Vamos a ver, es la historia de una pequeñoburguesa ingenua, una oveja blanca que se sumerge en los bajos fondos parisinos, está bastante bien, a ver si haces algo con eso. Aprovecha el contraste entre esa pavisosa y ese hombre, un santo. Tantéalo con los de Gallimard, hazme el favor. Una mujer que descubre París en tres días con un negro... Vamos, ¡me dirás que no te ayudo! Ponle un punto cáustico y sácate algo de la manga.

¿Quieres más historias de ese tipo? ¡Deberías estar ya en la cumbre de la literatura y todavía estás en el escalón más bajo! Te voy a dar proyectos y tú los escribes, los coges y los preparas a tu gusto. Yo no te pido nada, ni derechos, ni porcentajes, te lo regalo todo. Yo te doy la historia, son vivencias, y tú, tú le insuflas tu talento ¡y hala!

A mí me da igual que todo el mundo se entere de mi vida, total, me voy a morir, así que, a la

mierda, ¿quién se va a acordar de mí? Nadie. Yo no importo, así que tú coges esas historias, te pones las pilas y triunfas.

Ésta de París la recordarás, ¿no? ¿No hace falta que te la escriba?

Los sentimientos dominantes, te lo explico para tu historia, son la miseria, el miedo y la angustia.

Experimenté los efectos de la droga sin drogarme. La de vueltas que pude dar por París, durmiendo poquísimo, arrastrándome por sitios de mala muerte. A los tres días el negro me llevó de vuelta a mi casa, y me dijo: «No podía hacer otra cosa, estabas fatal».

Y es que a París fui en busca de tu padre que llegaba en avión a Roissy. Volvía de no sé dónde, pero ya estábamos separados. Cuando me vio en el aeropuerto, me rehuyó, pasó de largo y se fue con sus amigos, por su cuenta. Tu padre era mi droga, ¿entiendes?, mi único referente en la vida, y él, él me rechazó... Me quedé perdida... Pero tengo más historias, como la vez esa que hice de testafarro...

No, no, tu padre le dijo al mío, a mi padre: «Su hija está muy enferma, es o ella o yo, así que me quedo conmigo. La dejo». Así es la vida, ¿no? ¿Te ayuda que te hable de esto?

A mí me ayuda escribirlo, me recoloca dentro de mi historia, hace que me salgan cosas del inconsciente, ¡está genial!

Otra historia bastante buena: una mujer que está con la quimio, disimula para que nadie se dé cuenta de que no tiene pelo, y luego, una noche, se pone guapa, se arregla para salir al cine y se le olvida ponerse la peluca. Se pregunta por qué la gente la mira, no entiende nada.

Te puedo dar todas las historias que quieras, cientos, miles, podríamos ser socias, ¿cómo lo ves? A mí la fama me da igual. Te voy a preparar un archivo de historias del que poder tirar, ¿te vendría bien?

¡A lo mejor empiezas a ganar un montón de dinero! Podrías ayudar a tu madre a pagarse una bonita residencia de mayores.

¿Tú estás oyendo cómo chilla la niña? Me la han traído para que la cuide hoy, pero ¡está imposible! ¡Yo no puedo más! ¡Voy a ponerte en altavoz para que lo disfrutes tú también!

¡Valentine! Te está escuchando la tita por el teléfono, ¡déjate ya de caprichitos! A lo mejor a tus padres consigues marearlos, pero conmigo vas lista. Y te digo que conmigo te vas a comer el puré de zanahorias, quieras o no. No, vamos, a mí no me va a mangonear una cría de quince meses.

¡Valentine! Pero vamos a ver..., ¿adónde va? ¡Valentine! ¡YA ESTÁS RECOGIENDO ESOS ROTULADORES!

¡Voy a tener que colgar! ¡Está a punto de cargarse la mesa de centro! ¡Esta niña me va a volver loca a mí! Ahí no se pinta, te lo he dicho, que se mancha. La última vez yo no sé la de horas que me tiré para sacar todas las manchas que dejó. Venga a frotar y frotar...

Vamos, Valentine, anda, mete todos esos chismes en el baúl de los juguetes, ¿a quién se le ocurre tener tal cantidad de trastos? ¡Una malcriada, eso es lo que vas a ser! ¿Acaso yo tenía juguetes de pequeña? Nada de nada, ni pinturas, ni plastilina, yo me entretenía sola en un rincón sin darle la vara a nadie.

¿Estás ahí? Si quieres que te diga lo que pienso, los padres están todo el día encima de la niña, no le hacen ningún favor, es cuestión de tiempo que se caiga de las nubes. Ay, Valentine, qué torta te vas a pegar cuando te des cuenta de que la vida no es toda color de rosa, que las princesitas y los Papás Noeles no son más que chorradas...

La abuelita sí que te lo puede decir, que la vida es chungu: la gente es mala, horrible, da miedo, por eso mismo tu abuelita no quiere estar con nadie, está muy tranquila así... ¿Valentine? ¿Le das un besito a la abuela? ¡Ahora mismo le das un besito a la abuela! ¡Valentine! Si te vas a poner así, quédate ahí en un rincón, PARA MÍ YA NO EXISTES. ¡A mí con tu edad no me daban besos, nunca, ni uno! Mis padres les tenían una manía increíble.

¡Valentine! Es la última vez que te lo digo, le das un beso a tu abuela pero ya. Valentine, a la una, Valentine, a las dos, Valentine... Si te vas a poner así, te llevo ahora mismo a casa con tus padres, ellos han querido tenerte, pues que te cuiden ellos. Yo ya se lo dije, que dos chiquillos así de golpe, no vais a salir vivos, ya tuvieron bastante con tu hermano.

En fin, esperemos que no les dé por meter un tercero en el horno... Sí, muy bien, ¡chilla! ¡A mí, plin! ¡Valentine! ¡Y ahora se pone a dar vueltas tirada por el suelo! ¡Qué teatro tiene! ¡Esto sí que es un espectáculo para una abuela! ¿Estás ahí? ¿Tú lo estás oyendo? Estoy a punto de estallar, ¡a puntito! ¿Por qué me ha tocado a mí una niña como ésta? A ver si por lo menos tú no tienes críos. Tú estás muy tranquila como estás. Y no dejes que nadie te encadene, tú eres libre, y eso, eso vale oro.

Ya está, ya he conseguido dormirla. No, de verdad, qué cuento tiene. Está claro que sus padres la tienen consentida. Al menor llantito, «¿qué quiere mi niña, qué le pasa, te duele algo, tienes hambre?». Cuando un crío chilla es para imponerse. ¿Y acaso estamos aquí para obedecer a los niños? ¿Esto es el mundo al revés? No, yo se lo he explicado a la niña: «Aquí en casa de la abuela tú no mandas. Te voy a explicar yo cómo son las cosas, cómo las veo YO, no tú, ya está bien». Chilla, se retuerce, tienes que ver los berrinches que le dan. En esos casos lo que hay que hacer es dejarla llorar. Que se quede rendida en la cama hasta que toque dormir.

En fin, es hija de ellos, ellos sabrán lo que le conviene. Yo no tengo ni voz ni voto.

Ya está, ya se ha ido la pequeña. Cómo la echo de menos. No me la quito de la cabeza, qué cosita, el cariño que se le coge. Yo es que me la como, es la niña de mis ojos, es lo más bonito de este mundo.

No es que a ti no te quisiera, de bebé te adoraba, pero la cosa se complicó cuando tenías dos o tres años, ¿sabes?, con la edad que tiene ahora Valentine. Cuando empezaste a rebelarte, a llevarme la contraria. Ya no eras la muñequita adorable a la que le daba besitos en los pies, chillabas en cuanto intentaba vestirme, te pasabas el día con el no-no-no. ¿Y qué iba a hacer yo? La culpa ni siquiera es mía, eres tú la que me rechazaste. ¿Cómo dices? Eso es mentira, yo no soy una manipuladora, yo sólo necesito que me cuiden, que me quieran, nada más.

Eso no es así, lo que pasa es que tu hermano tenía mejor carácter, él nunca se quejaba de nada, además hasta los tres años no empezó a hablar. Era un niño muy tranquilo, siempre sonriendo. Empezó a dormir la noche entera del tirón desde muy pronto, nunca una palabra más alta que otra, un angelito, estaba hecho un pepón.

Para vosotros yo seré siempre la que os destrozó la vida y la razón de que quisierais ser artistas. Pero hay algo más, ¿no? Seguíis viendo el vaso medio vacío, ¡a ver si os bebéis ya lo que queda!

Es verdad que en realidad nunca me habéis dado las gracias por vuestra infancia. En vuestra vida me habéis dicho: «Gracias, mamá, si no fuera por ti, no habríamos desarrollado todas estas

cosas positivas y no habríamos sido las personas que somos ahora».

Y además yo no era la única, estaba vuestro padre también. Si él no me hubiera dejado, no estaríamos aquí ahora. A fin de cuentas, era mi marido.

Yo estaba todavía muy verde con treinta años, cuando me separé de vuestro padre yo no sabía ni cómo funcionaba una cuenta bancaria. ¿Mayo del 68? ¡Por aquí! En vez de presentarme a la recuperación de la reválida, cogí y me casé. En esa época era así, el hombre se ocupaba de todo, así se hacían antes las cosas.

Les he comprado un jarrón para la casa nueva, un jarrón muy bonito. No he reparado en gastos. ¿Te ha comentado ella algo? ¿Qué le ha parecido mi jarrón? ¿Le ha gustado? Porque de cara a la galería ella siempre está contenta, pero después no sabe una lo que le pasa por la cabeza.

Ah, conque ha dicho que era *kitsch*... ¿Mi jarrón, *kitsch*? Pero si ella es la que tiene la casa llena de espantos, de antiguallas. Sólo hay que ver esos cuadros que ponen, esa decoración..., ¿y ahora resulta que soy yo la *kitsch* por mi jarrón? Como eso sea así, es lo último que les regalo. Y el jersey que le hice, que me tiré noches en vela haciéndolo, me dejé los ojos, y ella, nada, no se lo pone nunca. Qué mujer más fría..., es muy dura conmigo. Qué se puede esperar de una nuera... A veces me saca de quicio. Cuando se empeña en sacarme de quicio. Hay que tener muchos modales y ser muy templada, y aun así me chincha, ¿tú me entiendes?, como a todas las suegras.

Y tu hermano, tendrías que ver cómo la obedece sin chistar, yo ya no reconozco a mi hijo. Por muy fanfarrón que se ponga delante de mí, se nota que ella hace con él lo que quiere. Qué va, él no soporta que le diga nada de eso, ¡es una lástima!

¿Hola, querida? Te llamo desde el móvil de Colette, que el mío me lo han robado, ¿te lo puedes creer? No sé, lo tenía en el bolso y de repente, pum, ¡ya no está! ¡Con la agenda con todos los números! Si tienes que hablar conmigo, llámame al fijo, ¿vale? No, no, un poco conmocionada, pero no pasa nada.

Ya no soy una atontada. Me he conseguido un teléfono nuevo por ciento cincuenta euros. Serie limitada. Era el último que les quedaba, aproveché la ocasión al vuelo. Me fui corriendo como las locas al Orange.

¿Sabes que he vuelto al *aquagym* con las abuelas? Porque si no, los kilos, buf... Con Colette, que nos lo pasamos bomba. Hacemos veladas *flower power* con músicos como Renaud, aprendemos polka. ¿Sabes que se va a Túnez? Sí, ¡una semana en un complejo hotelero, en Susa! Cuánto me gustaría a mí ir también, yo, que nunca he viajado, ¡a Túnez!, sería un sueño. Pero como le dije a tu hermano, no tengo medios, no, la verdad, habrá que aguantarse.

Aunque me habría venido bien después de estos meses de pesadilla, y además ahora que he terminado con la quimio soy libre como el viento. Pero nada, así son las cosas, Colette se irá y yo me quedaré aquí.

¿De verdad?, ¿harías eso por mí? ¿Me pagarías el viaje? ¿Una parte? Ah, bueno, ¿y por qué no todo? Vale, vale, me lo pienso... ¿Harías eso por tu madre? ¡Ay, hija mía, mi hija! Con lo puñetera que eres a veces, pero en el fondo eres igual que yo, todo corazón. Voy a llamar corriendo a Colette, a ver si todavía quedan plazas.

He colgado sin querer. Lo siento, me hago un lío con este móvil nuevo. Se apaga cada dos por tres, se le pone la pantalla en negro, ¿te importa que lo veamos juntas cuando vengas? Sí, te lo juro, el vídeo se activa él solo cuando me llaman. Esta misma mañana me ha dicho un amigo: «Qué locura, Charlène, te veo en camión y moviéndote en el teléfono». Qué vergüenza, acababa de despertarme, tenía todavía cara de recién levantada. Me compré este cacharro para que me simplificara la vida, y bien, lo ha conseguido: desde que lo tengo he perdido a la mitad de mis amigos.

¿Y el fondo de pantalla? ¿Tú sabes cómo se cambia? No, es que había puesto tu cara de fondo, pero ya me he hartado de verla, me gustaría poner otra cosa.

Estoy en Túnez. No te cuento mucho porque creo que eres tú la que paga la llamada.

¡No hay olas, es una balsa de aceite!

La llegada fue muy pintoresca. Eché hasta los higadillos en el barco.

Un servicio de primera, verduras buenas, frescas siempre: una especie de Club Med con mucha más clase.

Las actividades, formidables, cabarets mejores que en París.

Por las noches jugamos, a los *Blind Test* de música, a *La palabra más larga*, nos reímos con los monitores. Colette canta «Le géant de papier» y siempre se gana un café. ¡Qué risas! He aprendido a bailar *country* y danza del vientre. Me pusieron cascabeles en la barriga, ¡tendrías que haber estado allí! Tu madre no se las arregla nada mal, para que veas.

Colette está aquí al lado, venga, ¿te la paso? Es verdad, que pagas tú, bueno, entonces te mandamos un beso, ¡un beso!

Sí, ya está, ¡volví anoche! Ha sido muy buena idea este viajecito a Túnez, tu dinero no ha caído en saco roto.

Allí era todo bastante barato, pagábamos en dinares. No hice excursiones. Venga kilómetros en autobús sólo para ver Túnez. Bah, como dice Colette, una trampa para turistas.

Y luego además los tunecinos están siempre pasando con cartones de tabaco, colonias, todo lo que se te ocurra. Te marean a base de bien.

He vuelto con una bolsa cargada de regalos, pesa una barbaridad. A la niña le he comprado un camello que llora, al niño unas babuchas y a Sylvie una piel de oveja. Tengo que reconocer que le había comprado un bolsito de tela, del estilo de por allí, pero como es muy bonito al final he preferido quedármelo yo. Y para ti, no, no te he comprado nada. Como sé que contigo nunca acierto, para que me mandes a paseo prefiero abstenerme.

Conocí allí a un tipo, un tal Claude. Me gustaba bastante, aunque fumara dos paquetes al día. Nos cambiamos con Colette, ella se fue a instalarse en la habitación de Claude y él se vino a la nuestra, que era más grande. El tiempo que ha durado el viaje se me ha hecho un poco como si estuviera en pareja. A Colette no le entusiasmó la idea, cómo no, al principio venga a criticarme, que si ñiñí, que si ñañá. Por supuesto. Yo intenté hablar con ella, justificarme, ñiñí, ñañá, luego ya pasé. Colette llegó sola y, bueno, eso, se quedó sola hasta el final.

Es viudo, Claude. Se la encontró él, a su mujer. Me contó: «Una mañana a las nueve no se levantó». Él llegó sobre las diez y ella todavía no se había levantado porque estaba muerta. «Tuve que airear porque empezaba a oler mal», me dijo.

Al tabaco le da bien. Mientras yo me fumo uno, él se fuma dos.

En cuatro años no había ligado con una mujer. Ya no sabía besar.

Es un hombre chapado a la antigua, sin ordenador. «Los ordenadores son chorradas», dice. «Mira, Claude, eres muy cerrado», le contesté yo.

Aproveché todo al máximo, pero luego una se cansa pronto, al final aquello es como un pueblo.

El profe del *aquagym* estaba loco perdido, se ponía a berrear en el agua, qué mala uva tenía. Los demás monitores eran muy simpáticos, hacían unas decoraciones estupendas y unos disfraces muy artísticos. No se le podía poner ninguna pega, la verdad. Tendrías que haber estado.

Siempre hay algún idiota que se queja, pero la comida estaba riquísima. Calabaza, calabaza violín, todo tipo de caldos...

Yo me pirraba con los pasteles, formaba montañas en el plato. Colette me decía: «¿No pensarás meterte todo eso en el cuerpo?». Antes me habría dado vergüenza, me lo habría comido todo de tapadillo, pero ahora no, ¡eso se acabó!

Claude antes era aduanero, en el barco se pasaba el día hurgando por el camarote. Me miraba el bolso, metía las narices por todas partes. Ponía cara de inspirado cuando decía: «Ay, los bolsos de las mujeres, los bolsos de las mujeres...».

Por la noche no me dormía. Claude paraba de respirar por lo menos unos treinta segundos, hacía el submarino ese de la apnea, como él lo llamaba, y por Dios, qué cosa más angustiada, por favor. Al final acabé poniéndome taponos de cera, me dije: «Apnea o lo que sea, si la palma, yo no me voy a enterar, pero mejor para mí, ¿no?».

Lo que te vengo a decir es que yo ya no tengo paciencia para soportar a nadie. Me estresa, me angustia, me ha vuelto la psoriasis a tutiplén.

Eso sí, era guapo como un ave rapaz, Claude. Tenía unos ojos de halcón almendrados, ¿sabes cómo te digo? Que sí, mujer, ¿cómo se llama el actor ese? El hijo de Jean-Pierre Cassel, con esa cara de Cassel, que no es nada fea, vamos.

No, desde el aeropuerto no he vuelto a saber nada, no me ha llamado. Es de esa gente con cara de pensar mucho, pero en realidad luego no te cuenta nada, es un huraño.

170 + 156 - 1515 =... No, no, ¡imposible! ¡Pero qué follón es éste! ¡No puede ser verdad! 850 - 1600 - ¡uauu! ¿Cómo sale eso? ¡No entiendo nada de los extractos estos de mierda! Pufff. Como no sea 375 - 127 - 96,30 y que... No cuadra, no. Buf. Nunca me aclaro con las cuentas del banco. ¿Qué decías? Mira, a ver si dejáis ya de quejaros tanto tu hermano y tú, con todo lo que me reprocháis, no deberías ni hablarme. Si todavía venís a verme será porque no he sido tan mala. Los hijos que están realmente traumatizados ni siquiera se hablan con sus padres.

¿Estos diez euros de qué son? ¿El Intermarché? ¿Diez euros en el Intermarché? ¿De dónde se han sacado eso? 7,37 de la tarjeta. Sí, sí, esto es lo de la tarjeta, está bien. ¿Gaz de France? ¡Me lo han cargado sin avisarme! ¡Ay, ay, ay! ¿26,80 de qué? ¿Cómo quieres que llegue a fin de mes si me cargan cosas sin avisar? Gaz de France, 67. ¡Qué cabrones! Todo es pagar y pagar.

Ya es hora de perdonarme, yo también estoy vieja. Hay que evolucionar. Y, bueno, no has salido tan mal, hija: las veces que te veo te ríes con ganas.

375 a 9 del 6. ¿Cómo puede ser? ¿No me han pasado la pensión? Lo normal es que me la pasen el 9, y el 9 del 7 la cuenta seguía igual. ¡Es espantoso! ¿Qué hace la gente que sólo tiene 375 euros para vivir y encima se olvidan de ellos? ¡Vaya vergüenza!

Ya lo sé, soy un monstruo. Ya me lo decían mis padres, pero ¿y qué? De todas formas, no es culpa mía. Los bipolares somos capaces de lo mejor y de lo peor, es la enfermedad la que manda.

1615 = 1888, ¿eso cómo va a ser? ¡Los del banco han metido la pata hasta el fondo! ¡Es para alucinar! Bueno, aun así voy a tener que pedir cita con el asesor. Pero ¿qué es lo que han hecho, se puede saber qué han hecho con mi pensión?

Tú crees que fui muy dura contigo, pero eso forma parte ya del pasado, tienes que ver que he cambiado. Yo te quiero, ya lo sabes, eres mi hija y te adoro, me paso el día hablándoles de ti a mis amigas, les dejo tus libros, ellas no se los leen, claro, pero me dicen: «Ay, tu niña, siempre con tu niña...». Yo lo daría todo, daría todo porque fueras feliz ahora mismo. Ay, qué tonta fui en su momento, qué inmadura y tonta. Era demasiado joven para tener hijos, tenía que haberme ocupado de mí.

Intenta hacer un esfuerzo cuando nos veamos, porque yo no soporto ya que me estén echando la bronca continuamente.

¿Repite? ¿Repite eso? ¿No te da vergüenza? No, pues si no nos entendemos, no veo otra solución que dejar de vernos. Ya no eres mi hija y yo ya no soy tu madre. Nada nos obliga a vernos.

Como al final todo acaba yéndose a pique, a mí, plin. No quiero volver a saber nada de ti, para mí estás muerta. Ya no tengo hija.

¿Hola? ¡Soy yo! ¡Ya está, he conocido a un hombre! Un tipo decente, del estilo de Jean-Louis, ¿te acuerdas de Jean-Louis, el saxofonista? Pues ya está, ha sido..., ¿cómo se dice?, ¡un flechazo! Así es la vida, algo es algo. Una noche... En el plano del sexo, de diez... La primera vez que veo algo igual, y a mi edad...

Puso un poco de mala cara cuando me fui, ¿crees que se habrá enamorado? ¿Un poco? Yo creo que ha mordido el anzuelo, ¿no te parece? Con los hombres es como con los peces, hay que atraparlos, luego hacerles morder el anzuelo y entonces tiras del hilo y, hala, a recoger.

Se acabaron los tabúes. Relajación total... Una noche... Uh, hacía muchísimo que no sentía nada igual. Una noche impresionante, me lo he pasado bomba. Un amante espectacular. Y pensar que he tenido que llegar a esta edad para conocer algo así... Una gozada. *Cincuenta sombras de dale que te pego* se queda corto.

¿Por qué te molesta? Eso es la vida, ¿no? ¿No te gusta que tu madre hable de sexo? Tiene gracia, tu hermano me dice lo mismo. ¿No sois un poco mojigatos? ¿Entre familia es tabú? Ah, perdona, perdona, no lo sabía.

Como te digo una cosa, te digo la otra: tengo sesenta y tres años y en la vida he conseguido conservar a un hombre.

Puede que a Colette no le falte razón, es verdad que para mi edad no estoy muy evolucionada. Quizá después de todo sí que me faltan una o dos vidas para alcanzar mi karma, ¿no?

No, bah, nada, sólo quería escucharte...

No, no, cada vez que me pasa me creo que es el bueno, me entrego y luego me llevo una bofetada en toda la cara.

Otro hombre que me lo ha hecho ver... Encima un hombre poco cariñoso... Decirme a mí que prefería no volver a verme, hay que estar loco. En vez de coger la mano tendida, la rechaza.

Bueno, bueno, ¡qué exclusiva! Cómo me alegro por ti. ¿Éste también es poeta? Conociéndote, te hartarás igual de rápido que te has encandilado, pero si es un hombre decente, haz un esfuerzo, hija. No te rías tan fuerte, sé comedida, contrólate un poco. A los que te conocemos ya nos deja indiferente, pero para los que no están acostumbrados es realmente insufrible. Te lo digo por tu bien, preferiría que no vuelvas a verte sola.

Ah, y ésa es otra: haz el favor de no contarle cosas feas de tu madre, que nos conocemos, te crees muy lista denigrando a tu familia y luego, cuando me conocen, les parezco más bien simpática y a ti se te queda cara de tonta.

No, qué va, todavía me muevo por internet. Me he metido en Adoptauntío. No hay que pagar nada y además ves a las demás mujeres, o sea, que ves a la competencia. Hay una que escribió: «Necesito ayuda». Te lo juro. «Una sonrisa, una mirada, puede ser el inicio de una bonita historia». Otra que se llama *Perdidísima*, que pide que le hagan una pequeña señal. Ésa está peor que yo. Y dice: «Amaos los unos a los otros». ¡Sí, claro! Y encima querrá que pongamos la otra mejilla. Es todo así de horrible en esta página, un horror.

Ay, me arrepiento de los 174 euros que pagué por la suscripción del Meetic. Con ese dinero podía haberme pagado un tratamiento corporal o algo, cosas para ponerme guapa después de la quimio.

Voy a adjuntar dos fotos de mi perra en mi perfil. Dos en las que sale muy guapa, con su lacito en la cabeza. De todas formas, a los hombres a los que no les gusta mi perrita, les doy puerta al momento. Para mí, mi perra es como mis hijos, sagrada.

No me hace ninguna gracia que NUNCA me cojas el teléfono cuando te llamo. Me llamas cuando necesitas algo, pero cuando no necesitas nada, bah, ni contestas.

Pues ya está, era yo, mamá.

Adiós.

No te entiendo. ¡No me digas que todavía te lavas los dientes! ¡No puede ser, que te los vas a gastar! ¿Cómo? ¿Que luego te tienes que echar la crema? Pues sí que le dedicas tiempo, ¡hay que ver cómo te cuidas! Yo ya no me echo nada en la piel, me da igual. Por las noches estoy sin energía, me acuesto vestida de arriba abajo.

Yo ya hice mis dietas, meforcé, me dejé mi buen dinero en ropa. Yo antes era como tú: me ponía guapa, me echaba todos los potingues habidos y por haber, pero luego corté de raíz, todo eso ya no me interesa nada de nada.

De hecho, no tengo el más mínimo interés por nada, la verdad, ni por la piscina ni por las amigas. No son más que chorradas para abuelas que no saben qué coño hacer, sólo conoces a gente infumable. Lo que me interesa a mí es tener un cigarro pegado a la boca día y noche. Estoy mala, malísima. Ay, qué harta estoy. Esta noche estoy que me tiro por el balcón, no lo aguanto más.

Ay, mi corazoncito.

Estoy hundiéndome otra vez.

El médico me había quitado el tratamiento, pero he tenido que retomarlo urgentemente. Sólo el Trankimazin y el Orfidal. Y un poco de Depamide, que no falte. He subido hasta los tres al día. Era demasiado duro. Durísimo.

¡Que no! Déjate de «pobre mamá», yo no soy una víctima. Sólo me han pasado cosas que habría preferido que no me pasaran, como a todo el mundo.

¿Eres tú? Qué va, estoy mejor, ¡en nada es Navidad! Es mi época favorita del año. Luego enero, febrero, buf, eso es ya la debacle, pero ahora está muy bien, arriba esos corazones, ya he subido del sótano las bolas y los espumillones.

¿Que no vienes sola? Ah, ¿y eso? ¿Es el mismo del que me hablaste? Pero yo creía que ya no estabais juntos. Oye, mira, tú sabrás mejor que yo si estáis o no estáis juntos, pero no me traigas a un desconocido a casa si es para no volver a verlo. Contigo no sabe una a qué atenerse. Esta vez tráelo sólo si la cosa va en serio.

¡Lo que me gusta a mí la Navidad! Una cosa bárbara. Creo que son los únicos momentos en que fui feliz de pequeña. Mi madre me trataba bien en esas fechas. Nos ponía las canciones de Tino Rossi. Cada vez que decía «no siempre me he portado bien», yo me ponía a llorar como una magdalena. Tenía miedo de no tener derecho a regalos. Así que le pedía perdón a mi madre, perdón, perdón. De hecho, le pedía perdón por estar viva. Por estar aquí en este mundo.

Ha pasado por aquí tu hermano y ya hemos tenido drama por los preparativos para la Navidad. Primero dicen que vienen, luego que no vienen... Yo ya estoy harta de tener que suplicarles de rodillas que vengan. Se lo he dicho: «Yo, como sigamos así, la Navidad la paso sola y sanseacabó». No es mi estilo dar coba porque sí.

Estoy que me llevan los demonios. Navidad y yo sola aquí, es increíble.

Ven con tu amigo, nos juntamos, aunque no sea una Nochebuena en condiciones.

Habla más alto que no te oigo, el perrucho ese de mierda está siempre ladrando. ¡La de tiempo que puede tirarse ladrando como un loco, y hay que aguantarse! Las vecinas pasan de mí, ¿sabes lo que me respondieron cuando fui a decirles algo por el perro? Se va a quedar aquí fuera, y si ladra, se aguanta usted. No, es que la gente, la gente no..., no tiene vergüenza, qué indecencia...

¿Tú te imaginas lo que es escuchar al chucho ese todo el santo día? ¡Vaya golfas de vecinas que tengo! Y eso que se lo he explicado, que tengo los nervios frágiles, que puedo recaer en la depresión. ¡Se van a preocupar ellas por mí...! ¡Se rieron en mi cara! Ay, tengo que medicarme, ¡llevo años aguantando lo mismo!

Ya tengo listo el belén, el árbol, el espumillón, está todo, sólo faltáis vosotros, voy tachando los días del calendario, ¡como una auténtica cría!

A tu hermano y a ella les voy a regalar una lámpara que me han pedido. A ti mejor te doy dinero y ya haces tú lo que quieras con él, ¿te parece? Cada uno cincuenta euros y santas pascuas.

¡La Navidad es el tronco de chocolate! ¡Lleva tres días esperando en la nevera! Fresco no está igual de rico, el tronco bueno es el que se come reseco. ¿A tu amigo le gusta el tronco de Navidad? Ah, pero no se va a escapar, el tronco es el tronco. A mí ya no me gustan los de pastelería, están vomitivos. Sólo me gusta el mío. Puedes dejarlo hasta cinco o seis días en la nevera, que aguanta fresco. También os he preparado pavo. Lo he hecho a la piña, cocido en el zumo, sin grasas.

Te voy a dar cincuenta euros por Navidad, ¿te das cuenta de lo que suponen para mí cincuenta euros? ¡Con la pensión de risa que tengo! ¿Te das cuenta o no? Estarás contenta, por lo menos...

He estado pensando que, en fin, te voy a regalar dinero por Navidad, pero, con el sueldo que tienes, ¿realmente lo necesitas? ¿Cuánto ganas exactamente? ¿Y tienes muchos gastos en el piso? Y con todo eso, ¿no consigues ahorrar algo? Me cuentas eso ¿y crees que soy yo la que, estando como estoy a dos velas, tengo que darte a ti cincuenta euros? Me parece a mí que tendría más sentido que me ayudes tú a mí.

Ah, no, es que dejo que la perra chille un poco, para que se fastidien los vecinos. Y eso a mí me consuela. Aunque estos últimos días me está poniendo de los nervios. Cada vez que como se queda mirándome fijamente, va a acabar por acompletejarme.

¿Dos días? ¿No te vas a quedar más tiempo con tu amigo? ¿Sólo eso? Pero..., pero..., no sé, yo pensaba que por lo menos hasta Año Nuevo... Los hijos de los vecinos se quedan toda la semana... ¿Cómo dices? ¿Que los hijos no los tienes para quedártelos? Eso no son más que frases hechas que dice la gente que no tiene corazón. La verdad es que los hijos los hace uno para sí mismo, si no, sí que sería de lo más egoísta.

Venga, quedamos en eso. Te doy los cincuenta euros y no se hable más. A fin de cuentas, se los doy también a tu hermano. Pero no le digas nada a él, ¿vale? Como se enteren de que te he dado cincuenta euros a ti, cuando ellos tienen dos hijos y tú estás sola, va a traer cola. No quiero que haya discusiones ni celos entre vosotros, no quiero que os pase como me pasó a mí con mi hermano. Así que coge el dinero de una vez por todas, y ni mu. Si te preguntan qué te han regalado, te haces la loca. Eso queda entre tú y yo. ¿Prefieres un cheque o dinero contante? Métele directamente en el banco, ¡no vaya a ser que los pierdas! Es una suma considerable, ¡y acuérdate que es un pellizco de mi pensión!

Y bueno, cuando me quede con la cuenta pelada, tendréis que tomar vosotros el relevo, ya os las arregláis tu hermano y tú, podéis hacerlo a medias.

Es que el tonito con el que me hablas delante de él... ¿Te crees muy lista? Venga a soltarme pullas, a insultarme delante de un desconocido, pero ¡al final eres tú la que se pone en evidencia! Ya es hora de que te comportes como una adulta, hay que hacer esfuerzos. Y ese pobre muchacho, ¡cómo se agobió! Además, es un encanto: muy tranquilo, muy educado, deshaciéndose en atenciones conmigo, no como tú. No vas a encontrar muchos como él: me lavó el coche, me arregló la impresora, ¡fíjate lo que te digo! Me ha caído muy muy bien. Si no lo quieres para ti, me lo quedo yo. Y lo grande que es, y lo bien hecho que está, ¡y ese pelo! No sé si lo sabes, pero es raro que un hombre conserve el pelo a su edad, no, de verdad, es asombroso. Y, bueno, que tampoco es que tú seas la reina de la belleza, no vas a encontrar nada mejor.

A las ocho, hala, ya estoy en marcha. Me tomo mi café, me traen el periódico, leo el horóscopo. Hago mi rutina diaria, estoy como nunca. Ah, no, no, no merece la pena enredarse con ningún fulano.

Hoy a mediodía en el restaurante había una pareja que tú tendrías que haberle visto la cara a él. Venga a hablar de la bolsa, que si trifectas... La mujer tenía cara de estar hasta el moño. Tú me dirás si hace falta aguantar eso. Lo primero es estar bien sola y luego, si aparece un fulano, pues eso que ganas.

A veces hablo sola y me digo: «Deberías hacer esto, deberías hacer esto otro...». Sí, me tuteo, me llevo bien conmigo misma.

*Cafeína*57, cincuenta y siete años, éste no está mal. A ver qué se cuenta... ¿Que estudia qué, grafología? ¿Y éste qué dice, que le gustan las montañas rusas? Buf.

Sí, me he apuntado a otra página. Como esta vez no vaya bien, me desespero de verdad.

Éste se llama Roger y a mí no me gustan los Rogers.

Éste es guapetón, ¡y tanto que sí! A éste le voy a escribir. «Buenos días, *Valmont*, soy *Chinchilla*. Puedes llamarme Chinchí».

Estoy en una barbaridad de páginas. Busco hombres de todos los colores, pero no hay nada más que gente con problemas, sólo hay que verme a mí...

¿Treinta y cinco años? ¡Un jovencuelo de treinta y cinco años que se ha interesado por mí! Pero vamos a ver, ¿estamos bien de la cabeza o qué? Ah, no, ¡a mí eso no me gusta un pelo!

Bah, estoy muy bien sola, estoy tranquila. No voy a estar mejor por estar con un hombre.

Anda, otro escorpio en línea. Escorpio está bien, es un buen signo. Yo me siento identificada con el grupo. Más o menos nos comportamos, los escorprios.

Yo viví diez años con un escorpio, uf, tela. Eso era destrucción mutua. Está escrito en todos los horóscopos: «Escorpio, no te fies de los escorprios. Os destruíis entre vosotros...». Bueno, tú entiendes por dónde voy, que es lo peor, vamos.

¿Tú sabes por qué cuando eras pequeña no nos entendíamos? Pues porque las dos somos escorprios, ¡y además del mismo decanato! Los escorprios entre sí, buf. Como teníamos el mismo carácter, pues es normal que nos lleváramos a matar. Yo me entendía mejor con tu hermano, normal, es capricornio. Es una cuestión de temperamento. Los capricornios son tan tiernos, siempre sonrientes...

Tu hermano es muy capricornio, es especial, con unas ideas muy suyas. Ojo, si te cruzas con un capricornio, ¡no te fies!

Otra vez el perro ese desgañitándose como un descosido desde por la mañana. Está claro que las vecinas se van a trabajar y dejan al chucho en el jardín, ahí solo todo el día.

¿Tú no sabrás dónde venden galletitas de ésas?

No, galletitas de carne, no, galletitas especiales.

¿Después les hacen autopsia? ¿No puede ser que se ponga a echar mucha baba? Se van a oler que he sido yo, ¿no? ¿Quién más iba a ser? Bueno, mira, peor para ellas, como siga así, una galletita bien dada y sanseacabó.

¿Hola, corazón? Es para decirte que me voy a urgencias. ¿Tú estás bien? Sí, vuelvo al hospital ahora mismo, rápido, ya. Me duele muchísimo, si me vieras el cuello, la yugular, Dios Santo, me va a explotar. Yo diría que es grave. No quiero palmarla, me niego. Con el dolor no he dormido ni un minuto, y lleva todo este rato inflándose. Tengo el cuello hinchado al máximo, antes de esta noche me da una flebitis, seguro, estoy a pique de una embolia en cualquier momento, es horrible, sí, Colette ha venido, estamos saliendo, lo hemos dejado todo tal cual, en casos así los platos, la limpieza, todo eso va después, la salud es lo primero, ¿no?

La perra la dejamos abajo. ¡Qué manera de ladrar! Los vecinos que se quejen lo que quieran, que vengan. Mira, cuando hay una urgencia, no se pone una a pensar en que le cuiden al perro: sales pitando al hospital, no hay un minuto que perder. Una pena que no tengamos sirena para plantarla en el techo del coche. En fin, espero que no haya mucha gente en el regional, siempre que pasa algo tiene que ser domingo, ¿eh?, siempre la misma historia, no me puedo poner mala un lunes a las nueve de la mañana como todo el mundo, un jueves a las dos de la tarde, si me apuras, no, siempre tiene que pasar cuando cierran todos esos sitios.

Viendo la gravedad de mi estado, más les vale darme prioridad. De todas formas, ya sabes que yo no me dejo mangonear. Me pondré a dar codazos para pasar la primera, no pienso dejarme impresionar por los imbéciles de los médicos, uf, tela, me estoy viendo en el espejo, no es muy bonito que digamos: el cuello está a punto de explotarme, está al lado del corazón, y del cerebro también; como estalle, se acabó; me quedo definitivamente gagá.

Oye, como me vea así, en fin, tú me entiendes, como me convierta en un vegetal total, quiero que me prometas que vendrás a desenchufarme. ¿Seguro seguro? ¿Puedo contar contigo? ¿Quieres que deje algo por escrito para que no tengas problemas, no sé, sólo un garabato rápido, del tipo: «Por la presente certifico que sólo mi hija tiene derecho a desenchufarme»? Ya sé que no te gusta que te hable de eso, pero éste es un momento trascendental. Son prácticamente mis últimas voluntades, así que tienes que escucharlas. ¡Jesús! No sirve de nada ocultar la verdad, visto el estado en el que estoy y el cuello este que se me infla por minutos, esta vez tengo pocas probabilidades de librarme, que sí, que sí, Colette se está preparando, es ella la que me lleva a urgencias, vamos, ya está lista, me espera delante de la puerta, ya está en el coche, pero quería llamarte antes, saber algo de ti..., ah, y ya que estamos, ¿no habrás encontrado una aguja de punto que me olvidé en tu coche la última vez? Es para terminar el jersey de la pequeña. Adivina lo que me han vendido en la mercería. ¡Agujas de bambú, no te lo pierdas! Una mierda absoluta, me senté encima, y ya está, me quedé sin agujas. He intentado pedir otras por internet, pero no me da confianza, no me atrevo a dar el número de la tarjeta, porque es que he encontrado una página estupenda, ¿tienes para apuntar? Es mipunto.com, así de fácil... Bueno, venga, tienes razón, me voy, estoy en las últimas, nos llamamos, si no tienes noticias mías, ya sabes lo que hacer, ¿no? Te dejo la carta al lado del teléfono, no te equivoques, que hay otra al lado, para decirte que quiero que me incineréis, eso, ya sabes que yo..., bueno, vale, cuelgo, hasta la vista, o adiós, esto es todo..., ¿has colgado?

¿Sabes qué me ha encontrado el médico esta vez? ¡Principio de Parkinson! Me ha dicho, visto su estado, señora, es o el botón o la residencia con cuidados médicos. ¡A mi edad en un asilo! ¿Ese hombre está chalado o qué? Me niego, me quedo en casa con mi perra. ¡Yo no quiero ir a esos sitios para viejos! Pero si estoy en remisión, en remisión significa que mañana estaré mejor que hoy, eso me recuerda un colgante que me regaló vuestro padre cuando éramos jóvenes y nos

queríamos, ponía: «Hoy más que ayer y menos que mañana, te quiero». No, no, no creo que sea Parkinson, es sólo que pasé tanto miedo creyendo que me moría con el cáncer del demonio que todavía tengo pánico, ¿me entiendes? La gente se cree que te chutas un poco de quimio y se te pasa, pero ¡luego vienen los efectos secundarios! Como los dientes, por ejemplo, se me caen uno detrás de otro, ¡es la debacle! Bueno, te dejo, estoy rara, me da vueltas la cabeza.

Ay, de verdad, he ido a ver lo de los botones. ¿Qué botones? ¡Pues los botones para las personas mayores, leñe! Para cuando eres viejo y no te tienes en pie. ¡Los botones para dar la alarma, no los botones del abrigo de visón! Si te pones malo, sólo hay que apretar un botón y salen pitando cien bomberos a tu casa, ¿no has visto que lo anuncian por televisión?

Repite eso. ¿Embarazada? ¡No estoy oyendo bien! Será mi móvil, o la línea, ya está, ¡ya tengo otra vez cobertura! ¿Qué decías?

¿Que estás embarazada? ¿En serio?

¿Y lo vas a tener? Pero ¿quién te lo va a cuidar?

Me paso el día pensando en lo mismo, todo el día. Es increíble que te haya pasado a ti. A ti, ¡a mi propia hija! ¡Qué alegría, por favor, qué alegría más grande! Uy, a éste sí que lo voy a mimar. Va a ser mi pepón, mi peponcito.

No sabes lo contenta que estoy... ¿Tú te das cuenta de que si hubiera muerto no habría conocido a tu hijo? Valía la pena vivir sólo por eso.

Estoy haciendo todo el punto que puedo, se me ha quedado un poco corto el jersey, parece más un sostén, va abierto por detrás, para meter la cabeza. Lo tendrá para el invierno, es calentito, eso es lo importante.

Y además es bonito, ¡lo ha hecho la abuela!

Me falta el cuello, las mangas y los remates, otras diez horas de tarea como mínimo. Buf, me paso las noches haciendo punto, ya no duermo, quiero que este invierno tu niño esté bien calentito.

¡Embarazada! ¡Ay, pero qué locura! ¡Jamás me lo habría esperado de ti!

Mira, he estado pensando mucho. Es un trastorno que este crío aterrice en la familia así, de golpe y porrazo. No, es que no me habías avisado, no me lo esperaba, ¿me entiendes? A tu edad yo creía que ya no era plan, que habías pasado a otra cosa. Y luego de pronto este pequeño que viene a ponerlo todo patas arriba. ¿Y encima nosotras tenemos que adaptarnos? Quién sabe, lo mismo ni es simpático. Lo mismo hasta no me quiere. Me da igual, si es así, yo tampoco lo querré a él.

¿Por qué tantas molestias por él? ¿Para qué tanto esfuerzo? Ni siquiera conocemos a ese mocoso. Además, todavía no ha nacido. No existe.

Bueno, ¿cómo te encuentras? ¡Y pensar que vas a tener un hijo! Pero ¿tú te das cuenta? ¡Que vas a ser madre! ¡VAS A SER MAMÁ! Yo no llego a creérmelo del todo. Ah, no, es increíble, no consigo hacerme a la idea, qué va, qué va...

Contéstame a los mensajes, por favor, o mándame un correo. No es que me preocupe, es que estoy muy angustiada. Por lo visto ha habido un atentado en Niza, y sé que estabas de camino a Lyon, y bueno, Lyon está camino de Niza... Llámame, que me tienes en vilo.

No, qué va, yo ya no pongo las noticias, me asquean tantos horrores. Luego no duermo por la noche viendo todos esos carritos y esos críos por el Paseo de los Ingleses, es que ¡esos hombres tienen que estar locos, locos de atar! Ni siquiera se puede decir «es que la vida es así», no, no, porque eso es la muerte.

El hijo de la peluquera, de Francine, ¿te acuerdas de mi peluquera? Pues bien, resulta que la novia estaba allí, en Niza. Oyó que llegaba el camión, se dio la vuelta y, por suerte, tuvo los reflejos de saltar a un lado. La novia del hijo de mi peluquera, ¿tú te das cuenta?

Es muy fácil morir llevándote antes por delante a tanta gente. Esos tipejos..., hay que ser ruin... Merecerían morir diez veces padeciendo horrores en lugar de irse así, a su paraíso de pacotilla o lo que sea eso... No, es que son igual de tontos que los hipócritas de los curas. Ay, me ponen mala, pero ¿qué le pasa en la cabeza a esa gente? Y hablando de curas, el otro día vi pasar a dos todavía con sotana, vaya fantoches. «Con esa cara que tienes has hecho bien en meterte a cura», grité.

¿Que discutís? Pero, mujer, para conservar a un hombre, una tiene que hacer un esfuerzo, entiéndeme, eso no viene dado. Tú ponte en el lugar de ese pobre muchacho, que tú ni planchas, ni cocinas, vives en una leonera que eso no tiene nombre, ¿qué gana él viviendo contigo? Ahora que esperáis un crío, no puedes mandarlo todo a paseo como has hecho siempre. Hay que bajarse un poco del burro, está claro que la vida de pareja no es siempre divertida, una preferiría quedarse sola y tranquilita, disfrutar de la casa, comer guarrerías cuando te viene en gana, ver el programa que te gusta a ti en la tele... Estar en pareja es difícil, pero hay que echarle ganas, para no acabar sola.

Estoy apuntada a yo no sé cuántas páginas de citas, he dejado de contarlas ya. Esta misma mañana me ha escrito uno diciéndome: «Soy de Burkina Faso, ¿conoces África?». Dice que es médico..., ¡médico, por aquí!, escribe con un montón de faltas de ortografía.

Los negros no se cortan, te piden dinero, uno que si para pagarse el viaje en barco, el otro el billete de avión... Van todos a lo mismo, a estafar. Se ponen de nombre Patrick o Nicolas, se esconden tras sus fotos, buscan a una prima, y gracias por nada.

Éste me ha dicho que acababa de salir de una relación de diez años con una tía que era una chupóptera. Una más joven que lo desplumó, sí.

Y a los que quieran mujeres no fumadoras que les den a todos. Vaya panda de imbéciles.

¡En Adoptauntío! He conocido a uno que me gusta mucho, un tal «Charlie». Vive en un barco en Turquía. Se le ve en un vídeo, se tira del barco, grita, tiene cara de ser gracioso. Tengo los ojos chisposos. Me he ciberenamorado. No paro de pensar en él, ¿no te parece bonito? No, todavía no hemos hablado, pero me ha dejado acceder a su espacio personal. Le he mandado mi número de teléfono. ¿Es caro llamar a Turquía?

Dice que conoció a Picasso y a César. César es otro pintor famoso, ¿no?

Yo le he preguntado: «¿Seguro que no hay una señora en su vida?». Y él me ha dicho: «Pues claro que sí, mi madre, que tiene ochenta y cinco años».

«Charlie» es el nombre que se ha puesto. En realidad, se llama Roger. Se quitó la ropa para que lo viera bien por la webcam. Estaba en calzoncillos. Me dijo que le medía veinte centímetros. ¿De qué crees tú que hablaba? ¿Seguro? ¿Veinte centímetros? Lo he estado hablando con mi analista. Ella dice que no debería haberle dado mi número.

La primera llamada y ni se presenta, pero al poco me pide que le devuelva la llamada. No, ¡es que no quiere pagar teléfono! Pero ¿adónde va esto? No me ha vuelto a llamar ni me ha respondido a los SMS. Está claro que éste es mucho más complicado que guapo.

Llega un momento que una se dice que no y es que no. Estoy hasta el gorro de los fulanos. Ya no quiero más, ya está. Están hechos de otra pasta. En realidad, es imposible entenderse con un hombre, hay una especie de barrera. Entre mujeres nos entendemos mejor, ¿no te parece?

Las mujeres entre ellas es cosa mala..., uf, tela. Mientras no haya hombres, bien, pero, en cuanto aparece un fulano, es la guerra. Es así, es el instinto de supervivencia.

Los hombres quieren mujeres jóvenes, quince años más jóvenes que ellos, guapas, inteligentes y ricas. Se les pone la barriga enorme y no pueden ser más tontos, pero al parecer les da igual. Se lo tendrían que mirar.

Le he mandado un mensaje a uno que se llama *Solomán*: «No bebo, no fumo, soy comercial», pone en el perfil. Y luego añade: «Quiero mujeres positivas». Tiene ojos de iluminado. Está claro, un día de éstos me asesinan.

Y no hacen más que mandarme chicas con tetas grandes y webcams, ¿y a mí qué me cuentan? ¿Todavía no se han enterado de que soy una mujer? A mí eso no me gusta nada, me da asco.

Ay, pero mira éste, por favor, esa cara no puede ser de verdad. Un auténtico antídoto contra el amor. Al final los tíos así me cansan. Y éste, lo voy a mirar por lo menos, para quedarme tranquila. *Majete*, sesenta y siete años, «Soy un jubilado dinámico, sin complicaciones..., blablablá..., amante de los animales y la naturaleza, el bricolaje, la jardinería...». Hasta aquí todo bien... «Me gustaría una compañera simpática para compartir..., blablablá..., huyo de las mentiras...». Imposible, yo miento más que hablo.

Ah, no, yo ya no quiero chatear más con nadie, venga, muchachos, hasta más ver, esto no es todo en la vida, ¡tengo que arreglar la casa todavía!

Acabo de recibir un mensaje de texto: «Buenos días, Charlène, te mando un beso cariñoso». Pero ¿quién habrá sido? Hay que ver la gente, ya podrían por lo menos firmar cuando te mandan cosas así. A mí me gustaría saber quién me manda un beso cariñoso. Ay, espera, ¿de quién es la llamada esta en espera? ¿Número no registrado? Otro dando por saco...

Se me ha inundado el garaje, otra vez. Llevo tres días suplicándole a tu hermano que venga a ayudarme, pero..., ¡por aquí!, él va a lo suyo, que si su rutina, su mujer, sus hijos, pero de su pobre madre pasa. Todo el mundo pasa. Cría cuervos. Cuando erais pequeños, yo me desvivía por vosotros. Y ahora..., ni una pizca de gratitud. No se puede decir que seáis muy familiares ninguno de los dos...

Pero vamos, ¡que ya sois adultos! Con el tiempo son los hijos los que tienen que cuidar de los padres. Ya podríais entenderlo tu hermano y tú.

Es el gran ciclo de la vida: tenéis que devolvernos lo que hicimos por vosotros. Si no, sería todo muy fácil.

Y tú, con tus historias, te olvidas de tu propia madre. De lo fundamental. La vida pasa y pronto habré muerto. Ya lo verás, te acordarás de lo que te estoy diciendo y dirás: «Ay, mi pobre madre, cuánta razón tenía, y mira tú, ya no está».

¿Ya son las cinco de la tarde? Cómo vuela el tiempo, madre mía. Ay, está pasando el cartero, espera, voy a ver, últimamente no tengo nada más que facturas, pero nunca se sabe...

Ajá, ¡es que él la quiere, pero ella a él no! ¡No es tan complicado! ¿Qué decías, cielo? Pero ¿tú te das cuenta de a qué la obliga el marido? Ligarse a otro tío, llevarlo a su casa. Para que él pueda verlos, ¡será mirón! Dice que así la quiere más. ¡Hay que ser pervertido! Si tú supieras todo lo que le ha hecho a su mujer..., ¡la pobre! Le ha hecho de todo, de TODO. Pero ella se está dando cuenta del tema, ya verás cómo lo deja, además que ya es hora de que reaccione de una vez. Qué chorrada de telenovela, en realidad. Que sí, que te estoy oyendo, reina, que le van a coger pelos del culo y de sus partes para los análisis de ADN..., ¡lo tienen acorralado! Además es un mentiroso, ay, ¡qué malo es! Qué bien se está soltera, ¿eh?, ¡qué tranquila está una! Cuando veo estas cosas..., ¡qué tipejo más asqueroso! Vale, tesoro... Es que me río con ella. Cuando alguien tiene problemas de amores, ella le pregunta: «¿Le apetece un chocolate caliente?».

¿Sabes que Colette por fin ha dejado al tipo con el que salía? El que era alcohólico y estaba casado. Ella estaba con él que no cagaba, tal como te lo cuento. Y el colega, con más cara que espalda, no te lo pierdas, coge y llama a mi timbre para quejarse. Estos fulanos no le tienen miedo a nada. Llama al timbre y me dice: «Charlène, hazme un café bien rico». Y total, le preparo el café y se pone a soltarme todos sus problemas, que si tiene el sexo pequeño, que si bebe por eso, pero que Colette nunca ha sido comprensiva con él... Es que te lo juro, ¡estoy hasta aquí! Debía de estar bajo el influjo del alcohol... Y luego, como debió de darle vergüenza, verdadera vergüenza, se lo contó todo a Colette, que se cabreó conmigo, ¡me hizo la cruz! De verdad, te lo juro, la gente es la leche, tienen que montarse historias para no aburrirse.

¿Sigues yendo a la piscina en tu estado? Pero ¿qué quieres, perder al crío? ¿Tú estás loca? Quédate en casa tranquila, reposa, coge fuerzas, ya verás que un parto no es cosa fácil, y ya no tienes veinte años. ¿Vas a pedir la epidural? Pídelo por lo que más quieras, no tiene sentido sufrir inútilmente, yo contigo sufrí que eso no lo sabe nadie, en esa época no teníamos todas esas cosas, aprovecha.

He mirado el signo astral del pequeñín, ¿sabes? ¡Es virgo con ascendente en rata! ¡Rata, como yo! Ay, va a ser un bendito, tengo el presentimiento de que va a querer a su abuela. Si vivo..., pongamos..., unos diez años más, lo veré de adolescente, ¿te imaginas?

El pequeño se me parece, ¿no? Tiene mis ojos caídos, como Stallone. ¡Qué guapo es!

Bravo, lo habéis hecho muy bien los dos. Hasta los deditos, cinco en cada mano, ¡por no hablar de los pies! ¡Es una obra de arte! ¡Y esas uñitas!

Es alucinante que se me parezca tanto. Salvo por la nariz, la tiene un poco chata. Y la línea del pelo también, demasiado baja. Pero por lo demás es como yo. Está bien proporcionado, las piernas algo cortas, eso sí, pero todo lo demás muy bien. El resto, gracias a Dios, es igualito que yo.

Es precioso, ha salido en todo a nosotras. El color de los ojos es tuyo. La parte baja de la cara es mía, el mismo mentón en forma de corazón, los labios bien perfilados, igualitos que los míos. El pelo fino es nuestro, y las mejillitas rosas son marca de la casa. Lo único, la nariz, una pena, esa nariz ahí en medio de la cara. Eso, eso es de ellos, le viene de la otra familia, seguro. Y también las piernas pequeñas, rechonchas, en eso no es muy agraciado. Será paticorto, qué le vamos a hacer.

¿Diga? No te oigo. Pero haz callar un momento al chillón ese, qué infierno de niño. Vosotros no llorabais así de pequeños. Tu padre y yo no habríamos soportado eso, no, no.

¿Esta noche no habéis dormido? No me extraña, no me extraña con una fiera así. Ayayay, pobre hija mía, ¿qué has hecho? La noche es para dormir, él lo tiene que entender, por las buenas o por las malas. No hay que correr al menor llanto. Lo ha pillado rápido el chaval, no es tonto, ¿eh? A nosotros los médicos nos decían que os dejáramos llorar para que luego no estuvierais dando por saco. En esa época todo el mundo lo hacía, no nos culpabilizábamos como vosotros hoy. Nosotros no dejábamos que un mocoso nos destrozara la salud, teníamos otras cosas de las que preocuparnos.

No, yo no voy cargando con un bebé o me vuelve a entrar el lumbago.

Lo siento, yo no le doy el biberón, me da miedo que se me caiga.

Ni hablar de cuidártelo, me daría mucho miedo que le pasara cualquier cosa.

Yo con los críos ya me he desvivido lo que tenía que desvivirme. Si con los míos lo pasaba mal, imagínate con los de los demás. Yo no soy la madre, sólo soy la abuela, eso no me obliga a nada; si tengo ganas de fumarle en la cara, o de comerme su yogur, estoy en mi derecho, nadie me lo puede reprochar.

Mira, pues así aprendes a no esperar hasta los cuarenta para tener un crío, yo ya no puedo seguir ese ritmo, imagínate, tengo casi sesenta y cuatro años. Tienes los abuelos que se merecen tus ovarios.

Vale, yo llevo un poco el carrito si te viene bien.

¿Me dejarás un rato más el carrito? Voy mejor con él, me sirve de andador.

Era verdad lo que decías: llora, berrea de la mañana a la noche, te ha salido un llorón.

Estoy celosa de todo el amor que le das a tu llorón. Y pensar que a mí mi madre no me dio nada. Qué pena que seas mi hija, en realidad te habría preferido como madre. La vida es una jodienda.

Por cierto, hay pañales cagados de tu hijo hasta en el fregadero, ¡cómo te pasas! A ti te da igual porque es tu hijo, pero a mí, puaj, ¡qué falta de respeto!

¿Cómo que no vas a volver? Repite eso. ¿Que no puedo fumar en mi casa? ¿En mi cocina? Pero ¡qué coño!, tu llorón no se va a morir por un cigarro.

Me he comprado un anillo chapado en oro, tiene una amatista, aporta serenidad, me ha dicho la dependienta..., aunque yo no noto nada.

¡Ay, los vídeos del niño, me paso el día viéndolos! Se los he enseñado a mis amigas, que dicen: «Pero qué cosa más bonita de niño, es increíble». Mándame un vídeo todos los días, con eso me vale, así lo veo crecer, ¡es genial!

¿Hacemos un Skype esta noche, con el niño? No, no seas exagerada, con el Skype puedo verlo. ¿Que prefieres que vaya? ¡Pero si son más de cinco horas de tren! ¡Menos mal que tenemos el Skype y los vídeos!

¿Te conté lo del bombero que he conocido por EDarling? Un bombero voluntario. Y fumigador también. Me contó que carga los insecticidas en los aviones para proteger los campos. No me enteré muy bien, pero, como le dije, ya tenemos algo en común: yo odio los mosquitos con toda mi alma. Hay muchas cosas que odio, es verdad, pero... ¡Quita de ahí! Es la perra, que acaba de entrar en el cuarto, y eso que se lo tengo prohibido, me araña el parqué. No sé qué le ha entrado ahora, esta mañana me ha volcado la maceta de la yuca al suelo y, en cuanto la bajo a la calle, se pone a enredar con la correa que parece que está intentando tirarme al suelo. Y luego sí, me quiere, pero sin pasarse, ya no me salta encima. ¿El bombero? Se llama Michel. Bueno, en la página es *Mañanaelsol*, pero aparte es Michel.

Yo necesito a un hombre fuerte, responsable, siempre he tenido muy mala suerte con lo que me ha tocado. Ya es hora de que un hombre, uno de verdad, un bombero, se interese por mí. No, no, todavía no lo he visto, pero nos llamamos todas las noches, siempre tenemos algo que contarnos. Tiene una buena voz, la voz es importante, ¿no? Me dijo que se había pasado todo el santo día en una pista de aterrizaje, que no pudo despegar ningún avión porque no había mosquitos suficientes. En eso consiste lo del fumigador, hay días con mosquitos y días sin. Espera toda la tarde en una pista, sin hacer nada, con toda la solana, ¡ayayay, vaya oficio! Yo le he dicho que necesitaba un hombre con el que poder contar, en el que poder apoyarme, uno que venga a arreglarme el jardín y que también sea un poco manitas. Un poco fumigador, ya puestos. Y sobre todo que tenga un coche para llevarme de aquí para allá, a comprar, nada del otro mundo, lo de todos los días.

Vive en el parque de bomberos, pero eso no es problema, siempre puede instalarse aquí en casa. ¡Ay, qué contenta estoy! ¡Un bombero! ¡No podía ni imaginarme que pudiera pasarme algo así a mi edad! Cuando veo su nombre en el teléfono, se me acelera el pulso. Ya estoy enamorada sin haberlo visto, me lo explicas tú a mí... ¿Que cuándo lo voy a conocer de verdad? Pues ya mismo, corazón, ya mismo. ¿Diga? ¿Michel? Tengo al bombero en espera, un beso, un beso.

Ya está, ya he quedado con el bombero, ya sabes, el fumigador. No, no, muy bien, muy correcto. Vino a casa, ¡le hice un osobuco y todo! Con su jarrete y su hueso con tuétano de la carnicería. Se lo comió todo, ¡lo disfrutó bien! Y él trajo un vino bueno. Luego nos fuimos a pasear por el centro. Me llevó en coche a la Seguridad Social, hicimos unas compras y hasta me acompañó a la peluquería, ¡que tenía unos pelos que daban miedo! Fui a lo de Patrick, me hice unas mechas. Estoy rubia rubia, me suaviza la cara. Ah, bueno, ¿que crees que debería haber ido antes de la comida? Venga, no me chafes la diversión, me viene fenomenal tener pareja, ¡la moral de las tropas sube como la espuma!

¿No te llegó mi mensaje? Estoy hundida en el hoyo. No, el bombero no ha vuelto a dar señales de vida, nada desde hace una semana. Y mira que lo recibí aquí en casa como un príncipe... Otro desengaño que me llevo en toda la cara. No puedo más. Decididamente en esas páginas no hay más que locos. ¡*Mañanaelsol*, por aquí! ¡Fumiga a tu madre!

Bueno, nada, me voy a dar una vuelta, a casa de Colette, a ver si se me pasa el disgusto un rato.

Ah, ¿que no veo al pequeño desde Navidad? ¡Cómo pasa el tiempo! ¿Crees que me echa de menos? ¿Quieres que vaya? Pero es que es mucha carretera, yo también estoy hecha polvo, ya casi no conduzco y con la perra no veo claro lo de coger el tren.

Mira, ya tengo los vídeos, con eso está genial.

Sólo tenemos que hacer un Skype, es lo mismo. Nos vemos como si fuera de verdad y luego cuando se harta una, hala, cada cual vuelve a sus ocupaciones.

Es demasiado pequeño, no puede ser, ya te lo cuidaré más adelante, cuando hable bien, cuando sea limpio y, sobre todo, cuando no haga falta que me parta la espalda para cargarlo en brazos... Sí, eso, cuando tenga dieciocho años, y a ver si así me presenta a sus amigos, ¡uuh!

Dioniso, sesenta y cinco años, jubilado, muy bien. Géminis, tiene un pase. Metro setenta y cinco, vamos a ver: «No soporto la soledad..., blablablá..., lo siento, pero no he puesto fotos». Yo no digo nada, pero ni en broma. Si no hay foto, no hay mensaje, amigo.

Ay, Dios, ¿qué pone este de aquí? ¡«Negarse a resucitar a los muertos, dejarlos en nuestros corazones»! ¡Qué bonito! Él, en cambio... «Y ríos de lágrimas ardorosas...». Pero tiene un rollo gracioso de analista este hombre, ¿de qué está hablando? «En definitiva, aspiro a quererme a mí mismo...», y venga rollos y rollos... «Si no puedo casarme contigo, me casaré con el universo...». Ah, vale, yo me alegro. ¡Este fulano está en plena terapia! Tiene que estar siguiendo algún tratamiento, si no, no se explica que escriba semejantes tonterías en una página de citas, pero yo le voy a escribir, le voy a responder *ipso facto*: «¿Te está yendo bien el psicoanálisis, amigo? ¿Quién te ve?».

¿Que se llama Gilles? Pues yo creía que el tuyo era Jean-Pierre.

¿Y éste? *Marcus*, cincuenta y cuatro años: «Soy un poco bruto, soy un gandul, no hago nada en todo el día, tengo una personalidad artística». Hala, a la papelera. Los mando a todos a paseo, hay que ver la cantidad de hombres que puedo haber largado ya, tengo la papelera llena.

Estoy todo el rato conectada, me paso las noches en la página.

Qué horror todo esto, me entra un bajón horroroso.

Colette me dijo: «Tendrías que parar de tener todas esas citas que no llevan a nada, para eso mejor sales con nosotros al bingo el domingo, así te distraes».

Escribo mensajes horribles a tipos horribles. No puedo más, no puedo seguir pasándome la vida intentando encontrar a alguien. No puedo seguir aquí sola. Sola delante de mi cenicero, a la espera.

Nunca me hago nada de comer, cero. Qué va, el otro día una alcachofa que no cocí lo suficiente, se me quedó cruda, no estaba buena.

Tengo que salir un poco, andar por lo menos unos pasos, y además la perra lo disfrutaría.

He dejado de fumar, alucina. Me obligan si no quiero que me dé una embolia. He cogido por lo menos diez kilos, y eso que no como nada, qué va, es sólo por dejar el tabaco. Te lo digo, los cigarrillos son la mejor dieta.

Estoy yendo a un analista nuevo en el centro, es mejor. Me ha quitado todos los medicamentos para la bipolaridad. Me ha dicho: «¡Pero si usted no tiene nada de bipolar, usted sólo está angustiada!». ¿Tú te das cuenta de que llevo tomando Depamide desde 1990 para nada? Estos psiquiatras son lo peor, ¡es que te drogan y a correr, vamos, hay que ser imbécil! Y encima los fármacos esos engordan que es un horror.

He triunfado en el bingo, he ganado un jamón de cinco kilos, un foie gras y un lomo de cerdo. Me ha faltado el 19, el departamento de la Corrèze. Por un número no he ganado la televisión a color.

Mi vecino de mesa me ha dicho: «Desgraciado en el juego, afortunado en amores. Como ni ha ganado usted la tele ni lo ha perdido todo, no hay problema».

¿Te acuerdas de mi amiga Colette, Colette con la que estaba siempre? Nos hemos peleado. No, esta vez es definitivo, le ha hablado mal de mí a todo el mundo, es una auténtica golfa. Y todo porque no quise ir a recogerla a la estación, pero es que mira, me llamó a las ocho de la tarde, que estaba yo ya metida en la cama. No, se ha acabado de verdad, ella no quiere volver a saber nada de mí, ¿qué va a ser de mí, ay, qué va a ser de mí?

¿Eres tú? No, no puedo más, es el cansancio de toda una vida acumulado. Te levantas, te tiras todo el día arrastrándote, es agotador. La vida nos aplasta, día tras día. Por las noches ya no puedo más, me acuesto a las nueve. Prefiero comer rápido, cualquier tontería, y acostarme. Ya no puedo salir pasadas las ocho, caigo redonda.

Antes lo que me mantenía activa eran las tareas de la casa, ahora lo peor es que me he vuelto una floja.

Tú no lo puedes entender, tú nunca podrás entender lo que es la depresión, la de verdad, la depresión con mayúsculas.

No, todavía no he encontrado al hombre de mi vida, estoy hasta el moño de todo eso.

¿Podría pedirte el favor, sí, sólo dos minutos como mucho, de que me llames por Skype? Porque no oigo ya nada, no entiendo, ¿diga?, ¿estás ahí?, ¿hola, DIGA?

¿Cómo está el pequeño? ¿Estás menos cansada? He conocido a alguien, se llama Georges. Se había puesto de nombre *Pillin*. No había mirado la bandeja de entrada y tenía un mensaje suyo de hace no sé cuánto. Quedamos en el Sombrero, sólo nos tomamos el aperitivo. Madre mía, cómo se

parece a Galabru, se lo dice todo el mundo. Es grandote, como me gustan a mí. Bueno, no tengo muchas ganas de hablar del tema, está todo muy reciente. Es educado, muy educado.

Este Georges es genial, me ha cortado el césped, me ha ordenado el garaje y luego ha arreglado la caldera... No, no, es que me ha tocado el premio gordo con él. Está operado de la próstata, así que por ese lado estoy tranquila. Es tierno, cariñoso, yo tengo ya sesenta y cuatro años, no tengo ganas de conocer a alguien que se me tire encima.

Venga, un beso, me voy a duchar. Luego tengo que salir pitando al hospital a ver a Colette, sí, ya sabes, sigue allí metida con lo de su diabetes.

«¿Quién teme al lobo feroz, al lobo, al lobo? ¿Quién teme al lobo feroz, al lobo, al lobo...?». Ah, esa canción que estoy oyendo por el teléfono la conozco, yo la cantaba de pequeña, me encanta, ¿has comprado un disco para el crío?

Estoy haciendo punto para el pequeño. Le estoy haciendo una bufanda con un viejo ovillo de lana que tenía por ahí, lo quería usar pero es demasiado gordo para mí, y el color es feílo... Pero bueno, lo importante es que esté hecho a mano. ¿Cuántos centímetros puede medir una bufanda para bebé? ¿Un metro? ¿Seguro? Pero un metro es enorme para un bebé, ¿no? La he hecho de lana caqui, no es muy bonita, pero mira, estará bien calentito.

Voy a ir a veros, al niño y a ti, sí, sí, voy a ir con Georges, va a llevar él el coche. Si va bien con él, me voy a poner muy contenta. Aún no me atrevo a hacerme demasiadas ilusiones, ya sabes, todavía estoy a la defensiva.